

PERIODICOS Y FORMACION NACIONAL: Bolivia en sus primeros años*

Fernando Unzueta
The Ohio State University

Resumen: Este artículo examina el papel constitutivo de los periódicos bolivianos en los inicios del proceso de formación nacional (1825–1855, aproximadamente). Discute su intervención en los debates políticos y legales del momento, sus esfuerzos por definir los elementos que identifican con la nacionalidad, su inserción en un precario mercado, su promoción de los valores patrios y participación en la formación de ciudadanos. El artículo muestra la capacidad incorporadora de elementos heterogéneos que tienen las hojas impresas y, sobre todo, la reconceptualización del tiempo y el espacio que articulan en términos de lo nacional. Finalmente, sin minimizar las contribuciones del proyecto letrado de construcción nacional, destaca también las tensiones y limitaciones que le son inherentes.

Las reflexiones sobre la historia y la cultura de la experiencia republicana boliviana tienden a girar en torno a “la cuestión nacional.”¹ La mayoría de estas interpretaciones destacan la ausencia de una burguesía industrial y de un mercado integrado nacionales, y han concluido que las élites bolivianas fueron incapaces de constituir al país como nación.² Los juicios en torno a la frustración del “proyecto nacional,” sin embargo, implican una visión retrospectiva y frecuentemente normativa del concepto de nación. Están basados en ciertos parámetros sobre lo que es o debe ser una nación, o sobre sus elementos constitutivos, como la consolidación de lo nacional-popular, la satisfacción de ciertas condiciones materiales mín-

*Quiero agradecer a la dirección y al personal del Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia, en Sucre, donde empecé la investigación para este artículo en 1994. Todos los periódicos citados, a no ser que lo indique de otra manera, corresponden a la colección del ANB y BNB. Conté con el apoyo de un Tinker/Latin American Studies Program Travel Grant y un Grant-in-Aid del College of Humanities de The Ohio State University. También aprecio los comentarios que me hicieron Leonardo García Pabón y Alicia Ríos sobre las primeras versiones de este artículo así como las sugerencias de los evaluadores anónimos y editores de *LARR*.

1. Según Irurozqui y Peralta, “Todos los problemas y expectativas [de la historiografía sobre Bolivia] de una manera u otra terminan vinculándose a la ‘cuestión nacional’” (1993, 37). La misma observación es aplicable a la generalidad de los estudios literarios y culturales.

2. En el ámbito latinoamericano, Alba (1968) sostuvo que las oligarquías han utilizado el nacionalismo para mantener su poder en países que no son naciones. Sobre Bolivia, ver Demelas (1980), Zavaleta Mercado (1986), Sandoval Rodríguez (1991) y Lorini (1993).

imas, la modernización del estado, la existencia de una burguesía nacional y una ciudadanía homogénea, y la participación democrático-electoral generalizada.

Según Eric Hobsbawm, "la clave de la nación moderna" es "la formación de un estado-nación" (1990, 64). Si esta afirmación es verdadera, resulta fundamental reexaminar los inicios de este proceso. En este sentido, Ximena Medinaceli ha acertado al afirmar que el siglo XIX latinoamericano puede caracterizarse como "el esfuerzo de las jóvenes repúblicas por construir una nación," en un proceso que "comprende una cantidad de construcciones colectivas a niveles económicos, ideológicos y administrativos." En el caso boliviano, este esfuerzo incluye "desde la exploración del propio territorio . . . pasando por el diseño e imposición de símbolos nacionales (himno, bandera, escudo que se crean en estos años), por el nombrar o renombrar el territorio de acuerdo a los nuevos ideales liberales . . . , además de actos más concretos como la redacción de una constitución y un cuerpo de leyes que parecen ser el sustento de la naciente república" (Medinaceli 1994, 150–51). Dentro del complejo concepto de lo que se denomina *nación*, interactúan factores socio-económicos, administrativos e institucionales, otros culturales e ideológicos, y algunos claramente simbólicos y hasta emotivos. Sin pasar por alto el papel de ninguno de estos elementos, cuando se trata de fenómenos de formación nacional, parece más provechoso aceptar el significativo cambio del "objeto conceptual de la nación" que privilegia el análisis de la expresión narrativa de su constitución histórica más que el de su presupuesta "realidad" (Bhabha 1990a, 3). Hobsbawm apoyó esta reorientación crítica cuando señaló que al estudiar "la cuestión nacional," es más útil empezar con el concepto de "la nación" (con los textos del "nacionalismo") que con "la realidad que representa" (1990, 9). Conviene, entonces, examinar la creación textual de las repúblicas recientemente independizadas a través de los escritos imaginativos, programáticos y administrativos de intelectuales, políticos y burócratas que discutían y programaban la nación.

Dos de las principales ventajas de este enfoque discursivo son que permite analizar críticamente el tipo de nación que se construye y hacerlo en un período anterior al que generalmente se refiere la existencia de una conciencia nacional.³ En particular, este artículo explora la participación de los periódicos en las primeras décadas de vida republicana boliviana

3. En sus artículos sobre el *Bosquejo del estado en que se halla la riqueza nacional de Bolivia* del "Aldeano" (publicado originalmente en 1830), Medinaceli (1994) y Qayum (1994) parten de un enfoque semejante sobre "la nación," que también se distancia de las interpretaciones dominantes en la historiografía. Según Qayum, "Es nuestra convicción que la preocupación primordial del Aldeano era la nación y cómo construirla, adecuando gobierno y ciudadano a ese fin. Nuestro caso, entonces, indicaría la existencia de una auténtica conciencia nacional en un período más temprano de lo que muchas veces admite la historiografía" (Qayum 1994, 198).

(1825–1855, aproximadamente), sus representaciones de lo nacional y reconceptualización del tiempo y del espacio. Durante los gobiernos dominados por Antonio José de Sucre (1825–1828), Andrés de Santa Cruz (1829–1839), José de Ballivián (1841–1847) e Isidoro Belzu (1847–1855), se inició la organización del estado nacional. Este proceso incluyó las primeras reformas liberales y la afirmación de una precaria “independencia” (Sucre); la institucionalización de la vida civil y política, la codificación legal y serios conflictos internacionales que trae la Confederación Perú-Boliviana (Santa Cruz); una mayor preocupación por las distintas organizaciones culturales y la exploración de zonas abandonadas del territorio nacional (Ballivián); y una notable apertura política con la consecuente descentralización del poder (Belzu) (ver Klein 1982, 272 y 98–134). Menciono estos nombres como simple marco de referencia del momento en que se sentaron las bases administrativas y simbólicas del país, se empezaron a articular los territorios y a renegociar las relaciones entre las distintas clases sociales y grupos étnicos bajo un nuevo modelo político, republicano. Todos los gobiernos apelaron a la prensa para apoyar, defender e implementar sus respectivos proyectos para la nación. Pero en vez de discutir los detalles específicos de cada uno de estos programas y la intervención de los periódicos en ellos, buscaré algunos factores comunes. Sin negar los acentos específicos que una u otra administración le dió, me interesa examinar los orígenes de la industria cultural periodística y su papel en los inicios de la formación nacional.

LA PRENSA Y LA CREACION DE LA NACION

Benedict Anderson, en *Imagined Communities*, ha proporcionado la piedra angular de los modelos “constructivistas” de la nación al considerarla como un “artefacto cultural” moderno. Más específicamente, arguyó que “las formas narrativas” de la novela y los periódicos facilitaron los medios para representar “el tipo” de comunidad imaginada que son las naciones (1991, 24–25).⁴ En Latinoamérica, sin embargo, a pesar de la temprana canonización de *El Periquillo Sarniento* (1816) de José Fernández de Lizardi como la primera “novela nacional mexicana,” este género no tuvo una difusión muy amplia antes de mediados del siglo XIX, ni llegó a formar una tradición narrativa.⁵ Si bien el análisis de Anderson confirmó la visión

4. Sin tomar en cuenta la importancia de otros discursos (como el periodístico) pero siguiendo los argumentos básicos de Anderson, Bhabha señaló que la novela realista encarna el tiempo y los espacios de la nación moderna (1990a, 2). En el ámbito latinoamericano, Sommer (1991) estableció relaciones alegóricas entre las novelas sentimentales y las historias patrias idealizadas. La introducción del libro de Anderson (1991) ha sido traducida como “Comunidades imaginadas” en *Autodeterminación* 10 (1992):75–82.

5. Sobre las discontinuidades en “el proceso” narrativo de la novela hispanoamericana de la primera mitad del siglo, ver Varela Jácome (1987, 91).

de la obra de Lizardi como una instancia privilegiada de “la imaginación nacional,” se puede argüir que el supuesto “populismo nacionalista” de esta novela es el resultado de una tradición interpretativa de la historia literaria más que algo intrínseco a la obra en sí (ver Unzueta y Bruch 1993–1994). Asimismo, el énfasis en las novelas, en detrimento de los periódicos, tampoco corresponde a la realidad de la producción cultural letrada de Latinoamérica, donde la literatura de esta época—incluyendo multitud de odas, himnos y poesías patrióticas (ver Carilla 1964)—se divulgó sobre todo en las columnas de periódicos. Estos fenómenos son particularmente notorios en el caso boliviano, donde por un lado se publicaron sólo dos novelas antes de 1850 y menos de veinte en todo el siglo XIX (ver Castañón Barrientos 1990, 93), y por otro, se cuenta con una abundante producción periodística. Tanto a nivel local como continental, entonces, resulta sorprendente la escasa atención crítica que ha recibido la prensa en los principios del proceso de formación nacional.⁶

Los primeros periódicos hispanoamericanos se fundaron en el siglo XVIII, y se multiplicaron en las primeras décadas del siguiente (Picón Salas 1985, 212; Clement 1988). Fueron instrumentales en la formación de una identidad criolla durante la época colonial tardía y posteriormente en la formulación de los argumentos ideológicos de las luchas emancipatorias del continente (Martínez Rianza 1985; Silva 1988).⁷ La orientación política es especialmente aguda en el periodismo boliviano, que no contó con gacetas como las de Lima, Caracas y otras capitales coloniales (ni imprentas hasta el siglo XIX). Sus “orígenes” más inmediatos se remontan a los pasquines “sediciosos”: libelos y hojas sueltas que circularon manuscritos y se pegaron en los muros de las principales ciudades en épocas de crisis, como la rebelión indígena de 1780–1781 y los primeros gritos libertarios del país, en 1809–1810 (ver Vázquez Machicado 1955). Las juntas y “proclamas sediciosas” fueron, según León Loza, “los medios supletorios de que se valían los autores del movimiento emancipador de esta patria” (1926, 6). Más aún,

6. Anderson, por ejemplo, ni siquiera mencionó la crucial importancia del periodismo en los escritos de Fernández de Lizardi. Esto se puede atribuir a sus escasos conocimientos de la experiencia latinoamericana, pero el dato me parece sintomático del relativamente poco interés que han suscitado los periódicos. Sobre la cultura periodística de México a principios del siglo XIX, ver el importante artículo de Vogeley (1983). A. González (1993) relacionó el periodismo con la narrativa hispanoamericana. En el caso boliviano, Montenegro (1990) estudió el impacto histórico del periodismo en el desarrollo de la nacionalidad; Knudson (1986) examinó el mismo tema en una época más reciente, y Heredia asoció al periodismo con “el colonialismo” del “Superestado minero-feudal” en los años que preceden a la revolución nacional de 1952 (1955, 21).

7. Según Salas, “¡América rompió sus cadenas gracias a los papeles públicos!” (1925, 326). Similarmente, J. V. González resumió críticamente el impacto del “pensamiento impreso” en torno a las guerras de independencia en Venezuela con la siguiente frase: “La imprenta ha sido el itinerario de la revolución” (s.f. [1846], 123).

los ejércitos patriotas y realistas introdujeron las primeras imprentas a la región durante las guerras de independencia para publicar boletines y noticias oficiales de la campaña, así como los discursos y comunicados de sus líderes (Ocampo Moscoso 1978, 31). Ocasionalmente estas imprentas cambiaban de bando con los destinos de las batallas. Por ejemplo, los editores del primer número de un periódico realista escribieron irónicamente que el líder patriota (y futuro presidente) Andrés de Santa Cruz “nos dejó la [imprenta] que tenemos con todos sus operarios.”⁸

Después de la emancipación, las imprentas “portátiles” de los ejércitos pasaron a manos republicanas y se establecieron en Chuquisaca (hoy Sucre) y La Paz. En una de ellas se imprimió la “Convocatoria del Alto Perú a una Asamblea General Deliberante.” La “Convocatoria” incluía un famoso decreto de Antonio José de Sucre (del 9 de febrero de 1825) en el que se reconocía el derecho de autodeterminación de “los bolivianos” (Ocampo Moscoso 1978, 47–48; Fellman Velarde 1976, 123). En dicha Asamblea se discutieron tres alternativas para el destino del territorio recientemente independizado: su restitución al antiguo virreinato de Lima, al que perteneció hasta 1776; su incorporación a las Provincias Unidas, herederas del virreinato de Buenos Aires, última entidad administrativa colonial con jurisdicción sobre Charcas; o la creación de un nuevo estado nacional, independiente no sólo de España sino también del Perú y la Argentina. En la “Declaración” que acompañó al Acta de Independencia (del 6 de agosto de 1825), “la representación soberana” decidió gobernarse “en clase de Nación” por su propia “Constitución, leyes y autoridades.” Sin “asociarse a ninguna de las Repúblicas vecinas, se erige en un Estado Soberano e Independiente de todas las naciones, tanto del viejo como del nuevo mundo.”⁹ Este documento presenta un testimonio de “la creación” de un estado nacional mediante sus actos escriturarios fundacionales, pero más me interesa destacar que tanto en el foro de la Asamblea como en el de la prensa, los doctores altoperuanos aprovecharon la apertura proporcionada por Sucre para abogar por la independencia o separación política, contra los deseos de Simón Bolívar y en oposición a la voluntad de las repúblicas vecinas. Días antes que el decreto de Sucre fuera promulgado, se lo consideró en un periódico, anticipadamente, como “un decreto justo, liberal . . . ya sancionado y publicado.”¹⁰ La simbiosis entre los periódicos y la fundación de la nación es incuestionable. José María Serrano, presidente de la primera Asamblea Nacional Constituyente y autor del Acta de Independencia de

8. “Aviso,” *El Telégrafo*, no. 1, 30 oct. 1823, p. 1.

9. Arnade afirmó que esta proclamación “fue firmada por todos los cuarenta y ocho delegados, incluyendo los dos por La Paz quienes originalmente habían votado por la unión con el Bajo Perú” (1979, 228).

10. Ver *El Chuquisaqueño*, no. 2. Sus dos primeros y únicos números salieron el 1 y el 3 de febrero 1825. Ver también Ocampo Moscoso (1978, 42–47) y J. Mendoza Pizarro (1997, 23).

Bolivia, redactó ocho números de la *Gaceta de Chuquisaca* durante las agitados deliberaciones y poco después de ellas.¹¹ Similarmente, el discurso de Bolívar en el que presentó su proyecto constitucional para Bolivia al Congreso Constituyente fue publicado en un semanario un año después.¹²

El nombre *Bolivia* en sí parece haber adquirido una amplia difusión gracias a los periódicos, a partir del primer número de *El Cóndor de Bolivia* (de octubre de 1825; ver Arnade 1959, 171). Unos meses antes, en decretos y otros textos "oficiales," se usaba *Alto Perú* y el adjetivo *peruanos*. En el primer decreto de la Asamblea Constituyente, se aclaró que la denominación del nuevo estado sería "República Bolívar," expresión que pronto se convertiría en el neologismo *Bolivia* (Guzmán 1976, 133–34).¹³ En los nombres y artículos de los periódicos de estos primeros años, se percibe cierta inseguridad en cuanto a la aceptación de Bolivia en el orden político internacional y, al mismo tiempo, un afán para "afirmar" ("inventar" sería mejor) la nacionalidad. Poco tiempo después de la independencia (de 1825), el uso de otro denominativo o de otra filiación nacional parecían ya inconcebibles. En un artículo titulado "Bolivia," por ejemplo, los editores afirmaron:

Diremos dos palabras sobre la independencia de Bolivia, y nos permitiremos explicar los sentimientos de nuestros conciudadanos al respecto de nuestra existencia política, para que si nuestros vecinos pretenden hacernos perder el lugar que *hemos querido y podido* darnos entre las naciones, sepan que forzarían el mas solemne y el mas espontáneo de nuestros votos, que . . . ya no está de moda el forzar la voluntad de los pueblos.

*Nosotros queremos ser una Nación. . . . Bolivianos y nada más. . . . No queremos ser argentinos; queremos menos ser peruanos.*¹⁴

La reiteración de esta actitud voluntarista, ese "querer ser," era parte del "plebiscito diario" al que se refería Ernest Renan (1990, 19), un factor fundamental para la existencia de una nación. El "poder" ser nación, por otro lado, daba cuenta de una situación política en la que "los vecinos" debían (y aceptaban) respetar "la voluntad de los pueblos."

Los periódicos asociaban sus títulos y programas con el territorio,

11. El Acta de la Independencia de Bolivia fue firmada el 6 de agosto de 1825, y la *La Gaceta* se publicó entre el 30 de julio y el 22 de octubre de 1825.

12. Ver *El Cóndor de Bolivia*, suplemento al no. 32, 6 jul. 1826; ver también la edición facsimilar de este periódico (1995).

13. *La Gaceta de Chuquisaca*, no. 3, 27 ago. 1825, vocero de la Asamblea Constituyente, reprodujo un decreto cuyo primer artículo dice: "La denominación del nuevo Estado, es, y será para lo sucesivo, República Bolívar" (p. 1). A continuación se refiere a "la independencia del Alto Perú" (p. 3). En cuanto a la idea de "nombrar al nuevo país 'Bolívar,'" Arnade señaló que fue propuesta en la Asamblea "con el propósito de estimular el ego de [Simón] Bolívar y hacer así más dificultoso para él rechazar la separación del Alto Perú" (1979, 225).

14. "Bolivia," *El Cóndor de Bolivia*, no. 74, 3 may. 1827, pp. 2–3 (énfasis del autor).

sus elementos constitutivos y ciertos valores que percibían en ellos y atribuían a lo nacional. En un "Prospecto," los editores señalaron: "Hemos titulado este periódico, *El Cóndor de Bolivia*, por hallarse en esta ave, propia de nuestro suelo, reunida en el más alto grado las facultades con que la naturaleza ha dotado a los seres de su especie . . . ; todas estas qualidades no carecen de analogía con las que deben caracterizar nuestros trabajos."¹⁵ Similarmente, en la primera nota editorial de *El Boliviano*, se justificó una especie de nominalismo en los siguientes términos: "Hemos dado a nuestro periódico el nombre Boliviano por que, siendo el de nuestra patria, no puede dejar de ser sagrado El título de bolivianos es bien amado en nuestro corazón. Nos distingue de los otros pueblos, las naciones nos conocen bajo esta denominación y queremos hacerles saber que jamás lo borramos."¹⁶ En los primeros años de vida republicana, el deseo de ser "nación" y de llamarse "bolivianos" se expresaba sobre todo en las gacetas. Más importante, ante la precariedad material, política y simbólica de esa nación, los periódicos asumían la actitud constructivista que los caracterizaría: apostaban al futuro e insistían en que al nombrar lo boliviano se empezaba a llenar de significados ese concepto, previamente inexistente.

Durante las primeras décadas de vida republicana, muchos de los periódicos recibían subsidios del gobierno y publicaban sus principales decretos, actos y órdenes. Una gaceta se autodenominó "ministerial," y se lamentaba que sus páginas "apenas" dieran "lugar a lo mui necesario, pues deben insertarse [en ellas] todas las leyes y documentos oficiales."¹⁷ También existían publicaciones estrictamente gubernamentales que imprimían únicamente documentos oficiales.¹⁸ En *El Iris de La Paz*, un periódico oficial pero de "interés general," se citó, comentó y explicó, artículo por artículo, la Constitución Política del Estado de 1831.¹⁹ Asimismo, en varios editoriales se apoyaron o criticaron los distintos decretos y códigos que emitió el gobierno. Desde la creación de la república, los argumentos sobre su fundación y su lenguaje constitucional así como el contexto ideológico de los debates en torno a estos discursos circulaban y se discutían en la prensa al mismo tiempo de su promulgación oficial. El periodismo y la administración del estado se alimentaban y reforzaban mutuamente, y juntos trabajaban por la formación de lo nacional.

15. "Prospecto del periódico titulado *El Cóndor de Bolivia*," *El Cóndor de Bolivia*, 29 oct. 1825.

16. "Los editores," *El Boliviano*, no. 1, 9 ago. 1829, p. 1.

17. "Periódicos," *El Boliviano*, no. 164, 25 oct. 1832, p. 3.

18. Ver, por ejemplo, el *Registro Oficial de leyes, decretos y órdenes del gobierno de la República Boliviana* entre 1826 y 1829 (Ocampo Moscoso 1978, 36), y la *Gaceta del Gobierno* en 1847 (G. Mendoza 1961, 139).

19. En una serie de catorce números, del 2, no. 22 (18 mar. 1832) al 2, no. 37 (1 jul. 1832), exceptuando el 2, no. 25 y el 2, no. 26.

NACIONALIDAD Y CIUDADANIA: INCLUSIONES Y EXCLUSIONES

Las ideas de “nación” y “ciudadano” que circulaban en el ámbito letrado de Bolivia contenían una visión particular y limitada de la totalidad de una sociedad con una importante clase artesanal, predominantemente urbana y mestiza, y una población mayoritariamente indígena y rural. Este último grupo contribuía (a través del tributo “indigenal”) aproximadamente mitad de los ingresos de la hacienda pública en el período estudiado (ver Klein 1982, 105–6; Bieber 1989, 349–51). Como en el resto de Occidente en la misma época, se otorgaba la nacionalidad, los requisitos constitucionales para ser considerado “boliviano,” con mayor generosidad que la ciudadanía, la categoría jurídica de plena participación social y política. Al mismo tiempo, se sancionaba al “ciudadano” como el sujeto o agente histórico por excelencia (y el único que participaba de manera “activa” en el gobierno o el sistema electoral), marginando así a la mayoría de los indígenas, a las mujeres y a los criollos y mestizos analfabetos o a aquellos sin propiedad o “profesión útil.” Incluso entre los ciudadanos “activos,” su educación era importante, sobre todo en la medida que les permitía acatar las leyes y elegir a sus representantes.²⁰

La prensa sustentaba ideológicamente las bases del estado y, al privilegiar la cultura y la política del proyecto nacional criollo, se volvía partícipe de sus sistemas de inclusiones y exclusiones. *El Iris de La Paz*, por ejemplo, al comentar la Constitución, justificaba que muy pocos de “los bolivianos” (los nacidos en el territorio de la república) fueran considerados “ciudadanos.” Asimismo, otorgaba mayor importancia a la pertenencia a “la patria formal,” en la que actuaban los ciudadanos y estaba basada en principios más “nobles,” como los sentimientos del “amor a la patria,” que a “la patria material,” a la que se pertenecía por la simple circunstancia de nacer en el territorio de la república.²¹ Mediante este tipo de distinciones más o menos sutiles, los periódicos contribuían a reproducir e institucionalizar las diferencias entre los distintos sujetos nacionales, subordinando unos a otros.

De las anteriores observaciones se aprecia que “la nación formal” o escriturada obedecía a un proyecto elitista, por definición. Su relevancia ha sido frecuentemente cuestionada en un país en el que hacia 1846 sólo 11 por ciento de sus 1,378,896 habitantes vivía en “centros urbanos,” 7 por ciento

20. “La masa del pueblo debe por lo menos *‘saber leer las leyes, y escribir su nombre y el de los ciudadanos a quienes dan sus votos en las elecciones populares’*” (énfasis en el original). En “Interior: Revista del año 1826,” *El Cóndor de Bolivia*, no. 58, 11 ene. 1827, p. 3. Se puede recordar que en “la utopía oriental” de *El Periquillo Sarmiento*, Lizardi propuso una sociedad perfectamente ordenada y gobernada, en la que todos acataban las leyes porque las conocían (estaban pegadas en las paredes de la ciudad y la población era alfabeta).

21. “Constitución política,” *El Iris de La Paz* 2, no. 31, 20 may. 1832, p. 1; y “Constitución política,” *El Iris de La Paz* 2, no. 29, 6 may. 1832, pp. 1–2.

(unos 100,000) eran alfabetos y 20 por ciento hablaban castellano (Klein 1982, 122–23).²² Curiosamente, rara vez han planteado objeciones semejantes en el caso de muchas “naciones” europeas, cuyas condiciones con respecto a los factores aludidos no eran tan distintas.²³ El liberalismo europeo decimonónico, a pesar de su retórica igualitaria, tampoco contaba con “democracias electorales.” Allí también se restringieron los derechos políticos del ciudadano a los hombres con bienes y educación (Hobsbawm 1990, 43 y 83).

En los procesos de formación nacional, el idioma de las clases “educadas” o “cultas” generalmente se convertía en la lengua administrativa del estado a través de los sistemas de educación y otros medios institucionales, y se lo llegaba a considerar como “la lengua nacional.” En este sentido, no importa que “la lengua oficial” sea hablada únicamente por una minoría de la población si ésta tiene suficiente poder político (Hobsbawm 1990, 60–62). Más aún, Anderson arguyó convincentemente que la imprenta capitalista, que utilizaba la lengua de los élites como la lengua del poder y del comercio, proporcionó una especie de cimiento tecnológico que permitió construir las naciones modernas (1991, 44–46). Por lo tanto, la promoción de una “lengua nacional,” el castellano culto (a expensas de las lenguas indígenas y los dialectos populares), ha sido parte integral de la formación de los estados nacionales hispanoamericanos (ver Ramos 1989, 49). En este contexto, la denuncia de Andrés Bello en su *Gramática de la lengua castellana* (1847) ante la posible disolución del “lenguaje común” de los letrados tenía que ver con razones de estado más que con el purismo lingüístico. Como la mayoría de los periodistas de su época, Bello creía que la existencia de

22. Ver los estudios citados en la nota 2. Estos cuestionamientos obedecen, por un lado, a la imposición de nociones contemporáneas de la nación (igualitarias, nacional-populares) que no dan cuenta de los principales elementos del proceso de formación de los estados nacionales y, por otro, a la relacionada crítica de las teorías constructivistas de la nacionalidad basadas en la imprenta (por lo menos en el caso latinoamericano), por omitir el papel de “la cultura popular” (Rowe y Schelling 1991, 24–25). Cabe mencionar que la retórica igualitaria de los proyectos nacionales dominantes normalmente coexiste con sistemas de explotación y de diferenciación social (Anderson 1991, 7).

23. El carácter proverbialmente rural de Bolivia no resulta tan excepcional cuando se lo compara con la Suiza de 1850, donde sólo 6 por ciento vivía en centros urbanos (Anderson 1991, 137). En cuanto al idioma, según Hobsbawm, el italiano fue la principal base en la unificación de Italia en 1860, a pesar de ser usado para leer y escribir por una élite minoritaria y de manera cotidiana sólo por 2.5 por ciento de la población; similarmente, lo único que unificaba a “Alemania” hacia 1800 era una comunidad de unos 300,000–500,000 lectores del alemán vernacular culto (Hobsbawm 1990, 60–61). Los niveles de educación de algunos países europeos tampoco parecen muy superiores a los del país andino. En Bolivia sólo había 22,000 estudiantes en las escuelas en 1847 (Klein 1982, 122), y únicamente 19,000 adolescentes franceses asistían al liceo en 1842, y la Rusia imperial de 1850 tenía 20,000 estudiantes en la escuela secundaria de un total de 68 millones de habitantes (Anderson 1991, 71). Con figuras semejantes en mente, Anderson concluyó que “las clases medias cultas” de la época, incluso las europeas, eran “muy reducidas” (1991, 137).

varias lenguas o dialectos “bárbaros” oponía “estorbos a la difusión de las luces, a la ejecución de las leyes, a la administración del Estado, a la unidad nacional” (Bello 1981, 12).

El “Prospecto” de *El Correo del Interior* (1845) articuló varias de las tensiones entre el alcance deseado y las limitaciones reales del proyecto nacional letrado. Afirmó que “el noble objeto” de “los periódicos públicos” debía ser “ilustrar a la nación.” Al reseñar los recientes “progresos” del país, destacó los obstáculos que la heterogeneidad lingüística (y racial) boliviana oponían al “progreso” de la nación: “el impulso dado a todos los demás ramos de la administración pública y la ilustración se ha difundido bastante al menos en una gran parte de la sociedad; ella es verdad que no ha podido, ni puede aun penetrar en las masas, porque para esto es necesario aun vencer muchas dificultades, no siendo la menor la que opone la diferencia del idioma generalmente usado por ellas; pero superar esta valla e internar la luz en estos recintos de obscuridad debe ser pues el empeño y el trabajo más constante del patriotismo.”²⁴ Los editores expresaron el marcado paternalismo de las clases dirigentes y se atribuyeron un papel privilegiado: los criollos letrados y “patriotas,” como buenos ciudadanos, debían “ilustrar” a “las masas” indígenas y a las clases populares. Los indígenas, en particular, eran el componente “oscuro” de la sociedad, una pseudo-presencia silenciosa y marginada que para participar plenamente de la nación imaginada por la prensa, primero debían ser ilustrados. Desde esta perspectiva, un periódico reformista propuso un proyecto de “civilización de nuestros bárbaros” para “aumentar la comunidad boliviana con la incorporación de los salvajes.” Se refería a los indígenas de las zonas periféricas de la República (el Chaco, Mojos y Chiquitos), y por lo tanto asumía que los quechuas y aymaras ya pertenecían, de alguna manera, a “la comunidad boliviana.”²⁵ Similarmente, al señalar que incluso “los salvajes” son “nuestros,” el redactor articuló el sentimiento de los letrados: todos los indios eran “bolivianos,” pero no necesariamente, por lo menos no todavía, “ciudadanos.”²⁶

En todas las emergentes naciones “modernas” de Europa y las Américas, la entronización de un “ciudadano,” supuestamente universal, ha escondido la subordinación o exclusión de otros actores (Rosaldo 1994, 350). Discutiendo el impacto del liberalismo decimonónico en las comunidades andinas, Tristan Platt afirmó, “el etnocidio—la destrucción de la cultura no-europea—iba mano a mano con la concesión paulatina de los

24. “Prospecto,” *El Correo del Interior* 1, 5 may. 1845, p. 1.

25. *La Concordia* 1, no. 1 (15 mar. 1858), p. 10. Aproximadamente 700,000 indígenas vivían desperdigados en el Oriente y el Chaco bolivianos (Klein 1982, 122).

26. La tendencia asimilacionista que dominaba en la prensa con respecto al papel de los indígenas en la nación contrastaba con voces más tradicionales, que abogaban por la separación de “las dos repúblicas,” o más racistas, que pensaban que lo indígena era simplemente incompatible con “las naciones modernas.”

derechos europeos de ciudadanía" (1991, 10). El concepto liberal de "propiedad privada," por ejemplo, sirvió en la segunda mitad del siglo XIX para atacar a las comunidades indígenas y "desvincular" a sus miembros de las tierras comunarias. Lo que me interesa destacar es que los sujetos subalternos fueron incorporados en el proyecto nacional hegemónico, pero en una situación de inferioridad legal y social. La prensa boliviana asumía la existencia de la población indígena y su importancia económica, pero negaba o marginalizaba sus posibles aportes a los programas culturales de la patria. Es decir, contribuía a forjar un modelo letrado de la nación, y participaba en la formulación de sus estrategias discursivas de subordinación y prácticas de explotación. Con todos sus problemas, limitaciones y contradicciones, este proyecto criollo y letrado orientó la formación del estado nacional en sus primeras décadas.

PERIODICOS, POLITICA Y PARTIDISMO

La importancia relativa de los periódicos con respecto a otros tipos de materiales impresos y a otras formaciones discursivas en las primeras décadas republicanas de Bolivia no puede ser soslayada. Los numerosos títulos periodísticos contrastaban marcadamente con la escasa producción de libros. La prensa, consciente de este fenómeno, destacaba las diferencias en términos de su difusión en un relativamente amplio público lector y su mayor impacto social. Un artículo titulado "Periódicos" notó "la afición creciente a la lectura" de libros pero elogió sobre todo "el prodigioso incremento de la literatura periódica": "Un libro en folio puede convertirse a un estudioso; mas para obrar en las costumbres, en los hábitos, o en la conducta de los hombres, se necesitan folletos, publicaciones diarias y periódicos."²⁷ La misma idea se repetía frecuentemente: "Para que la jeneralidad de los ciudadanos llegue a conocer sus verdaderos intereses no bastan los libros. . . . Es, pues, incuestionable que el medio más a propósito para propagar el conocimiento de las verdades útiles son los periódicos bien dirigidos."²⁸

La prensa tenía un concepto muy elevado de sí misma. Se consideraba un "invento divino" y "el aijitador universal."²⁹ Destacaba su carácter democrático y su interés por instruir a "las masas": "La prensa es hoy el patrimonio común: es como el sol, el aire o el agua." También insistía en que su amplia accesibilidad en la sociedad la distinguía de la tradicional y limitada circulación de libros: "el *Periódico* corre de mano en mano y de pueblo

27. "Periódicos," *El Semanario* 1, no. 9, 2 abr. 1833, p. 3.

28. "Periódicos," *El Boliviano* 2, no. 18, 9 jun. 1833, pp. 1-2.

29. "Los editores," *El Eco de La Paz* 13, 25 dic. 1828, p. 4; y "Este periódico," *El Correo del Interior* 2, no. 117, 6 abr. 1847, p. 4, respectivamente. Décadas después, *La Abeja Literaria* se ferió a "la prensa" como a "ese poderoso medio que tienen las luces para difundirse." Ver "Prospecto," *La Abeja Literaria* 1, no. 1, 21 ago. 1867, p. 1.

en pueblo; vuela como una hojita telegráfica.”³⁰ Esta misma inmediatez y facilidad “para difundirse” hacían de las gacetas un medio particularmente “útil a la patria,” que permitía, según un prospecto, “fijar, con acierto, la opinión de nuestros compatriotas.”³¹ La percepción de las gacetas como “guías de la opinión” de los debates políticos y culturales es atribuible en parte a su propia “modernidad,” tanto en su aspecto tecnológico, que facilitaba una circulación relativamente amplia, como por su orientación progresista y civilizadora, dentro de los esquemas del liberalismo.

Varios estudios contemporáneos han confirmado la alta opinión que la prensa expresaba sobre su papel en la cultura y la política nacionales. Gunnar Mendoza, aduciendo a razones tanto materiales (la escasez de medios tipográficos) como “espirituales” (la falta de dedicación y constancia que requiere la publicación de libros), afirmó: “El periódico es en aquellos tiempos la enciclopedia del sentir y del pensar boliviano” (1961, 138). Según Carlos Montenegro, la situación no había cambiado mucho hacia principios del siglo XX: “el periodismo capitalista” tuvo una marcada influencia (ambivalente, en su opinión) en la conciencia pública precisamente debido a “la ausencia” de otros medios de “orientación independiente, como el libro, la conferencia, la universidad autónoma.” De acuerdo a Montenegro, “El público no tuvo, a través de medio siglo, otra fuente de nutrición cultural que el periodismo, y aprendió a atender y enjuiciar las cosas en consulta con el papel impreso. Fue éste poco menos que un oráculo para la opinión corriente” (Montenegro 1990, 235). Además de informar “la opinión corriente,” la repercusión de la prensa fue particularmente notable entre los grupos dirigentes: “no hay hombre de letras ni hombre de estado que se sustraiga” del “pensamiento” de la producción periodística (Salas 1925, 331). Las relaciones entre los periódicos y los distintos gobiernos eran siempre muy estrechas. *El Cóndor de Bolivia* era el vocero de la administración de Sucre; *El Iris de La Paz* y *El Boliviano* lo eran en la de Santa Cruz; *La Epoca* y *El Restaurador* apoyaban a Ballivián; *El Prisma*, *El Cholo* y *La Epoca* (bajo nueva dirección) simpatizaban con Belzu. En casi todos los casos, los redactores y columnistas eran importantes hombres de letras o políticos. Durante los primeros cien años de la prensa boliviana, once de “los más eminentes” periodistas fueron también presidentes (Salas 1925, 333).

Entre 1825 y 1855 salieron aproximadamente 215 periódicos en Bolivia, y el promedio anual de títulos crecía de década a década: de 4.2 (1825–1829), a 6.1 (1830–1839), a 8.5 (1840–1849) y a 10.1 (1850–1859). Los números aumentaban de manera más drástica después: hasta fines de siglo llegan a publicarse cerca de 1,000 gacetas, entre diarios, hojas de distinta

30. “Este periódico,” *El Correo del Interior* 2, no. 117, 6 abr. 1847, p. 4; y “Prospecto,” *La Abeja Paceaña* 1, no. 1, 13 jun. 1846, p. 1.

31. “Periódicos,” *El Boliviano* 1, no. 164, 25 oct. 1832, p. 3; y “Prospecto,” *El Correo del Interior* 1, 5 may. 1845, p. 2.

regularidad y eventuales.³² El factor común que más se ha destacado dentro de la variedad de estos periódicos es su orientación abiertamente política y marcadamente servil a causas y gobernantes específicos (Vaca Guzmán 1882; Salas 1925). Gunnar Mendoza mencionó el carácter “partidista” de todos los periódicos de las primeras décadas republicanas como algo ineludible en ese ambiente, “porque el tema del tiempo era entonces la política y las gacetas el vehículo natural de la inquietud, malestar, buena y mala fe, buena y mala intención, previsión, ceguera y, en suma, pasión política, hasta el punto de que hubo imprenta que se vio obligada a habilitar, con loable precaución, dos entradas apartadas entre sí para el ingreso a sus talleres de los redactores de dos gacetas pertenecientes a tendencias políticas encontradas que ya habían cambiado más de un palo” (Mendoza 1961, 139).

La orientación político-partidista determinaba en gran medida “la efímera vida” de la mayoría de los periódicos bolivianos del siglo XIX. Gabriel René Moreno, su principal estudioso y recopilador, los llamó en 1876 “gacetillas eventuales”: “Como la política, ocupación o preocupación de todos, está allá [en Bolivia] sujeta a vaivenes y cataclismos incesantes, se explica por qué esas pequeñas empresas se organizan tan sólo para atender a la exigencia local de la hora presente, y por qué nacen y desaparecen las gacetas con tanta prontitud, sin dejar por eso vacío nunca el campo de la publicidad. El móvil de hoy cambia y se transforma mañana, a veces con una rapidez vertiginosa” (Moreno 1989, 210). La común autodenominación de “papel eventual” describe cabalmente la falta de continuidad en la gacetería de la época (G. Mendoza 1961, 138–39). Moreno observó apropiadamente, “De esta manera anónima casi dispersa se mantiene en Bolivia cotidianamente una publicidad centellante y formidable” (Moreno 1989, 210).

La prensa era “políticamente intencionada” y seguía un curso sujeto “a los avatares del acontecer político” (Fellman Velarde 1976, 129 y 176); su carácter era “ocasional,” local, presentista y de partido. Estos hechos la calificaban como una fuente particularmente idónea para seguir el pulso de la época, con sus “vaivenes” políticos y su agitado ritmo histórico.³³ En “las épocas transitorias” de la vida nacional, como en los años en los que se producían cambios de gobierno o conflictos internacionales, incrementaba notablemente el número de publicaciones periódicas. Lo mismo ocurrió con

32. Estas figuras vienen de Moreno (1974). Estudios sobre los casos particulares del periodismo de La Paz (en Moreno 1989) y el más detallado sobre Sucre (G. Mendoza 1961) corroboran la notable precisión del *Ensayo* de Moreno, originalmente publicado en 1905. Salvo algún raro hallazgo, su información será apenas modificada.

33. Moreno aludió a un aumento significativo en el número de publicaciones en “épocas transitorias.” También anticipó el valor historiográfico de los periódicos: “Cuando pretenda la verdad sustancial presentarse con sus adherencias pintorescas, son estas hojas las que darán las telas y moldes más curiosos y característicos para vestir el cuerpo de los hechos al uso de su época” (1989, 210). Ver, al respecto, el brillante estudio de Moreno titulado *Matanzas de Yáñez*, en el que reconstruyó los trágicos incidentes de 1861 a partir de los periódicos:

las elecciones de 1855, las primeras con una amplia participación de los medios de comunicación.³⁴ Una de las hojas electorales de este año contrastó “el servilismo y la lisonja” anteriores con la pluralidad política del momento: “Diferentes periódicos proclamando distintos nombres de candidatos, principios liberales emitidos bajo la protección del Supremo Gobierno, libertad de discusión sin restricciones, he ahí lo que vemos hoy día y lo que nos hace creer que de nuevo se anuncia la vida en nuestra Patria.”³⁵

“La libertad de discusión sin restricciones” no era la norma en las primeras décadas del periodismo boliviano. Gracias a su carácter partidista, al mismo tiempo que los periódicos cantaban las bondades de “la libertad de imprenta,” generalmente abogaban por imponerle “límites,” supuestamente para no caer en “el libertinaje” moral o “la anarquía” política. El siguiente fragmento sobre el tema es típico: “Queremos la libertad de prensa, sí, pero una libertad . . . racional i justa, que pueda aprovechar a la sociedad i no dañarla. El uso de la libertad tiene límites. . . . El desborde de la prensa fomenta las pasiones en sentido [d]el mal, ataca la reputación del ciudadano, corrompe las costumbres, relaja la moral, induce a la sedición, provoca la anarquía, i en fin convierte la palabra en agente de disolución.”³⁶

En una cultura en la que se confiaba en el poder positivo de “la palabra” tanto como se temía su potencial destructivo, los pocos periódicos de oposición frecuentemente tenían corta vida. Podían ser sometidos a la clausura y sus editores enviados al exilio. Tal fue el destino de José María López (entre otros), quien publicó cinco números en los que criticaba el flamante gobierno de Santa Cruz en 1829. Un periódico crucista consideró “los artículos relativos a política” de *El Yllimani* “sediciosos sin disimulo” y justificó la censura: “El gobierno ha tenido a bien suprimir este periódico.”³⁷ También resultaba característico que la hoja de oposición suscitó el establecimiento de otra, *El Centinela del Yllimani*, defensora del oficialismo y dedicada a “vijilar con mucho cuidado las producciones del *Yllimani*, demostrando los males que producirán sus papeles al orden y tranquilidad de Bolivia.”³⁸ En la secuela diferida de estos debates periodísticos, tras el derrocamiento de Santa Cruz en 1839, López regresó a Bolivia y

“El Juicio Público es, en la prensa procesante de estos hechos extraordinarios, el periódico que representa propiamente los oficios de juez instructor y de fiscal” (Moreno 1976, 8). En la misma línea, también se pueden consultar sus incompletos *Anales de la prensa boliviana: El golpe de estado de 1861* (1985).

34. Según los datos de Moreno, en 1854 salían siete periódicos, catorce en 1855 y ocho en 1856 (Moreno 1974).

35. “Movimiento periodístico,” *El Patriota*, no. 1 (“y único”), 10 jun. 1855, 2.

36. “Libertad de imprenta,” *El Cóndor* 11, 10 sep. 1856, p. 3.

37. “Periódicos,” *El Iris de La Paz* 1, no. 17, 31 oct. 1829, p. 4.

38. “Los editores,” *El Centinela del Yllimani* 1, 25 oct. 1829, p. 1.

volvió a publicar su periódico. Aquí denunció su “ilegal y violenta expatriación” y las persecuciones que sufrió diez años antes, e incluyó un “himno nacional.”³⁹

En el orden político, entonces, gracias a una prensa predominantemente partidista si no abiertamente “oficial” y a los límites establecidos para la prensa de oposición (censura y “libertad de prensa” muy controlada), los periódicos generalmente expresaban el punto de vista del “gobierno de turno.” De cualquier manera, al responder a las críticas (reales o esperadas) a los programas del gobierno, en la prensa oficialista se encuentran algunos de los puntos de vista de la oposición. Con frecuencia se escribía sobre muchos de los conflictos políticos más serios de manera “retrospectiva.” En los periódicos que apoyaban a una administración o a un líder político, no sólo se promovían sus programas sino que también se criticaba, a veces de manera virulenta y con ataques personales, los de la administración anterior. Como mínimo, se ponían de manifiesto las tensiones políticas entre las clases letradas.

Desde los inicios del periodismo, se leen algunas hojas con voces disidentes, o unos pocos artículos y cartas remitidas que cuestionaban o contradecían la línea seguida por el titular que les otorgaba un espacio. Pero el relativo pluralismo político y social, que se hizo más evidente en torno a las elecciones de 1855, tenía sus orígenes inmediatos en la década anterior, cuando los periódicos empezaban a “profesionalizarse.” Sin dejar de favorecer a la administración de turno, se consideraban empresas informativas y varios de sus cambios trascendían lo partidario. En 1845 apareció en La Paz *La Epoca*, el primer diario publicado en Bolivia, bajo la dirección editorial de exiliados argentinos como Domingo de Oro y Bartolomé Mitre. Además del quehacer político, la prensa ahora incluía una mayor gama de noticias locales y nacionales, y prestaba mayor atención a temas culturales y sobre la mujer. La calidad gráfica mejoró hacia estos años, y aumentó el uso de grabados. *La Abeja Paceña*, por ejemplo, incluyó en diversos números (de 1846) distintos planos (del mercado Sucre y del Teatro de La Paz) y un “dibujo alegórico” que celebró la fiesta departamental. Aumentó el número de titulares y se establecieron importantes medios en otras ciudades además de Sucre y La Paz, como *El Eco de Potosí* (1845–1846) y *El Correo del Interior* (1845–1847) en Cochabamba.

La prensa también se pluralizaba en lo social, reflejando el ascenso político del artesanado bajo el liderazgo de Belzu. Por un lado, un periódico “sectorial” publicaba gracias a “la generosidad” patriótica de algunos “coindustriales” y propuso el siguiente slogan: “Seamos Ricos para Ser Libres.” Por otro lado, una gaceta de artesanos destacó los abusos (y la po-

39. “Introducción,” *El Illimani* 6, 22 abr. 1839, pp. 1–3.

breza) que sufrían “los proletarios” a manos de “los denominados prohombres” de “la oligarquía,” y otra hoja acusó a “la aristocracia” de “vivir con el trabajo y el sudor de la nación.”⁴⁰ En 1852 *El Toro* se declaró defensor del “obrero” y de “la democracia,” y atacó a la *Revista de Cochabamba* y *El Termómetro*, publicaciones que consideraba representantes de una “aristocracia” desprestigiada. En varios artículos, describió, criticó y parodió las costumbres de “los nobles.” Por estos años aparecieron hojas con títulos como *El Cholo* (1850–1851), *El Artesano de La Paz* (1855), *El Amigo del Pueblo* (1857), *El Pueblo* (1857–1858) y *La Barricada* (1858). La prensa tendía a preservar el orden social dominante, aceptando y reproduciendo el paternalismo y las jerarquías establecidas, y promoviendo el respeto a las autoridades. A mediados de siglo, sin embargo, se observaba cierta apertura democrática en la que varias hojas ampliaban considerablemente el registro de lo que se consideraba representativo de lo nacional, otorgando un papel protagónico a algunos sectores de las clases populares, particularmente al artesanado, aunque todavía no a los indígenas.⁴¹

NACIONALISMO

Una de las principales características de los periódicos que no ha sido debidamente destacada, quizás por la misma transparencia del hecho, es su marcado nacionalismo. Independientemente de su orientación política, todas las hojas compartían y promovían un nacionalismo semejante. Incentivaban el amor a la patria y marcaban una distinción entre “el verdadero patriotismo” desinteresado y “la comodidad particular” o “el falso patriotismo de los empleomanistas.”⁴² No por eso dejaban de un lado los intereses de partido. Como lo indicó Moreno en 1876, la prensa vinculaba “ciegamente el interés público o la salvación nacional en el triunfo o predominio de una persona, que es el jefe o candidato de una facción o partido que paga la imprenta” (Moreno 1989, 210). Más importante, compartían muchos elementos en sus figuraciones de lo nacional. Rechazaban, por ejemplo, “las sociedades secretas” o logias porque promovían intereses particulares y no los generales: “la Lojia es toda la nacion.”⁴³ Similarmente,

40. Ver, respectivamente, “Prospecto,” *El Minero* 1, 23 ago. 1855, p. 1; y “El Minero,” *El Minero* 3, 1 oct. 1855, p. 1, periódico redactado por Aniceto Arce (uno de “los patriarcas de la plata” y futuro presidente de Bolivia de 1888 hasta 1892); “Los artesanos,” *El Artesano de Sucre* 2, 24 sep. 1858, p. 1; y “La Revista,” *El Toro* 6, 17 ago. 1852, pp. 1–2.

41. En una carta firmada por unos “artesanos, llamados Cholos,” los autores criticaron “los viles manejos” de la oligarquía y afirmaron: “Sabed que el Jeneral Belzu pertenece a la Nación, que por lo mismo nos pertenece también.” Ver *El Republicano* 1, no. 29, 2 jun. 1849, p. 3. Sobre el artesanado y la prensa en esta época, ver Barragán (1994a).

42. “Patriotismo,” *El Boliviano* 1, no. 106, 28 jul. 1831, p. 2; y “Costumbres,” *La Concordia* 1, 15 mar. 1858, p. 11.

43. En “Continuación del artículo lojias,” *La Estrella de Sucre* 19, 7 may. 1840, pp. 1–3. Ver

uno de los temas predilectos de artículos editoriales y de cartas remitidas a los redactores era ilustrar los actos de patriotismo y darles "reconocimiento público." Estas acciones "patrióticas" generalmente implicaban un gesto de desprendimiento económico: el haber "pagado de su [propio] peculio los sueldos" de un oficial era "prueba del nacionalismo y honra" de un "buen Boliviano," así como "un rasgo del más recomendable patriotismo." Asimismo, se consideraba "la generosidad" como una de las virtudes del ciudadano en sus servicios a la patria.⁴⁴ En resumidas cuentas, al mismo tiempo que se definían la búsqueda del bien común y la ética del trabajo como características patrióticas, se tendía a marcar distinciones y limitar la clase social a la que pertenecían la mayoría de "los patriotas" o "buenos" (y generosos) bolivianos.

La prensa generalmente consideraba, por un lado, que reflejaba y representaba "la opinión corriente," y por otro, que la guiaba. Contra esta tendencia, ocasionalmente aludía a los límites del alcance de la cultura letrada. Aspiraba a actuar como forma de oposición en un "sistema republicano," fiscalizadora y defensora de los intereses del pueblo, pero también lamentaba "la insuficiencia" y "el ningún poder" de "la opinión pública" en el país, y por lo tanto, de los periódicos.⁴⁵ Similarmente, *El Eco de La Paz* advirtió, "mui pocas veces se conoce en su verdadero sentido" la opinión popular, y no hay que "equivocarla" con "los folletos, los periódicos y los rasgos sueltos de un comunicado." Esto se debe, según el artículo, a la falta de representatividad de los intelectuales con respecto a "todas las clases del estado" o de "la maza de la población."⁴⁶ En el siguiente número, sin embargo, los articulistas volvieron a abrir un espacio privilegiado para el periodista "imparcial" y "filosófico," que investiga "lo que realmente forma la opinión pública": "el caracter, costumbres, hábitos e inclinaciones del común o mactima parte de los habitantes."⁴⁷ Pese a las dudas y limitaciones señaladas, en la prensa dominaba esta perspectiva optimista, que afirmaba su papel mediador y su capacidad para interpretar y criticar la realidad nacional así como para subsanar sus deficiencias.

también la "Conclusión del artículo lojias," *La Estrella* 20, 12 may. 1840, pp. 1-2; "Sociedades secretas," *El Iris de La Paz* 1, no. 26, 2 ene. 1830, p. 4; y "Sociedades secretas (continuación)," *El Iris de La Paz* 1, no. 28, 16 ene. 1830, p. 3.

44. Ver dos artículos titulados "Patriotismo" en *El Iris de La Paz*: 1, no. 81, 15 may. 1831, p. 4; y 2, no. 21, 11 mar. 1832, p. 4. Notas como "Despreocupación, industria y patriotismo" se repiten con frecuencia: "Los ciudadanos Palacios son nobilísimos por la nobleza de sus sentimientos, por su despreocupación, por su espíritu de industria . . . , por su patriotismo." En *El Iris de La Paz* 2, no. 16, 5 feb. 1832, p. 3.

45. "Opinión pública," *El Cóndor* 14, 12 dic. 1856, p. 1.

46. "Los tratadistas, los periodistas, los articulistas son por lo común menos de la milésima parte de la maza de la población; y querer que ellos encierren en sus cabezas, y manejen decisivamente con sus plumas las ideas y sentimientos de la comunidad entera, es una tiranía del orgullo." En "Opinión pública," *El Eco de La Paz* 8, 20 nov. 1828, p. 3.

47. "Opinión pública," *El Eco de La Paz* 9, 27 nov. 1828, p. 2.

Los sectores dominantes en Bolivia durante las primeras décadas de su independencia no formaban una clase o partido monolítico, ya que adoptaban posiciones frecuentemente antagónicas, pero con la ayuda de una prensa que representaba sus intereses y valores, empezaron a constituir un “orden” hegemónico. A pesar de ventilar sus conflictos, los grupos letrados crearon este “espíritu de orden” en el ámbito político y cultural como si fuera su “religioso deber.”⁴⁸ A la distancia, el partidismo o personalismo político parece menos significativo que la promoción de un modelo (algo abstracto y flexible) de la nación. En este sentido, el proyecto de formación nacional iba más allá de los programas específicos de distintos movimientos políticos o administraciones. En el anteriormente aludido caso del *Illimani*, el editor utilizó una numeración continua e incluyó un himno patrio en su reaparición después de un lapso de diez años. Este hecho sugiere que en su imaginario, la nación trasciende los cambios de gobierno y los vaivenes políticos, además de sus infortunios personales. Nuevamente, más que lo que dice un periódico partidista u otro sobre la oposición o el anterior gobierno, me interesa estudiar lo que compartían: todos ellos promovían valores “nacionales,” que correspondían a los intereses de las clases letradas en general. El modelo de nación que discuto, entonces, correspondía a las aspiraciones de las élites y era lo suficientemente amplio como para que partidos o políticos enemigos compartieran muchos de sus ideales.

En todos los prospectos, independientemente de su orientación política, los editores esbozaban programas abiertamente nacionalistas: “la nación ante todo, la nación en todo, la nación después de todo.”⁴⁹ Al mismo tiempo, reconocían que el patriotismo no era ni un “deber” ni algo “natural” sino un “sentimiento” que se tenía que cultivar: “una administración crea el espíritu nacional.”⁵⁰ Se aceptaba, entonces, la noción “constructivista” de la nacionalidad. “El patriotismo,” señaló un artículo, es la base del “espíritu público” y se debe transmitir “de generación en generación, como un santo legado de la familia boliviana.” A los representantes nacionales, añadió, les “toca uniformar, dirigir y hacer fructificar ese patriotismo.”⁵¹ De aquí que la primera atención de la prensa fuera lo nacional y cómo cultivarlo. Generalmente señalaba que quería “promover los princi-

48. Según Montenegro, la prensa forjó “la clase directora” con letrados de “una y otra casta,” cuya tarea común era recomendar “los beneficios del orden” (1990, 190). Añadió, “Aun cuando no se ocupara de los intereses sustantivos de la colectividad, aun cuando incurriese en el culteranismo que la hizo inaccesible para el entendimiento del pueblo, la misión creadora del espíritu de orden dentro de la política, fue llenada siempre, casi como un religioso deber—probablemente lo era—por toda hoja impresa más o menos duradera” (Montenegro 1990, 189).

49. “Prospecto,” *La Estrella de Sucre* 1, 11 ene. 1840, p. 1.

50. “Constitución política,” *El Iris de La Paz* 2, no. 29, 6 may. 1832, p. 2.

51. “Patriotismo,” carta firmada por “Un ciudadano,” en *La Epoca* 3, no. 616, 8 jun. 1847, pp. 3-4.

pios civilizadores," más específicamente, "trabajar por la prosperidad de la patria" y "suavizar las costumbres" nacionales.⁵² En definitiva, los periódicos se mostraban particularmente conscientes de su papel en la difusión del patriotismo y en la formación cultural de la nación bajo su liderazgo intelectual.⁵³

En este contexto, gobernar era abocarse a la creación de la nación, y la prensa estaba totalmente dedicada a este proyecto. No sólo usaba sino también definía todas las palabras claves del liberalismo decimonónico, como *ciudadano*, *libertad*, *nación* y *progreso*. En ella se discutían y promovían estos conceptos, y se afirmaba que debían estar relacionados en una sociedad en la que imperaba el orden y estaba correctamente codificada. En un artículo de *El Boliviano*, los editores señalaron que los ciudadanos, gracias a su respeto y "amor" por las leyes, conservaban la "libertad" de la nación y la hacían prosperar. Añadieron que si bien Bolívar "creó, y dio existencia política" a Bolivia, "a Santa Cruz debe su conservación, y él le ha dado estabilidad, porque él tiene leyes, sin las cuales la *libertad* nada más sería que un bien flotante a la merced de los vientos, en el océano de las pasiones."⁵⁴ *El Iris de La Paz*, el órgano de una "sociedad de individuos amantes a la Patria," expresó la misma meta política: "el objeto primario de su dirección es tratar de los medios de conservar la armonía social, fomentar el respeto de las leyes, sostener con sanos principios la necesidad de un sólido régimen para la nación, y cuanto conduzca a cimentar entre nosotros la paz exterior y la tranquilidad interior del Estado" ("Prospecto," 1829). Claramente, los periódicos aceptaban la función instrumental que se les atribuía (y se atribuían) en la formulación de "los programas" políticos y culturales de la nación, y en "la educación pública" de los ciudadanos. Pretendían educarlos en el cumplimiento de la ley, para fundar una sociedad ordenada.

La clave para establecer ese orden nacional era precisamente la formación de sujetos nacionales. En *El Iris* se trazaba el paralelo entre la educación familiar, paternalista, y la que los magistrados impartían a "todo un pueblo" cuando le enseñaban a "amar" a la patria. Más aún, se destacó que

52. "El Amigo de la Verdad," *El Amigo de la Verdad* 1, no. 3, 1 may. 1852, p. 1; y "Prospecto," *El Amigo de la Verdad* 1, no. 1, 1 abr. 1852, pp. 2, 1. Se podría incluir sinnúmero de citas sobre la orientación reformadora y nacionalista de los periódicos.

53. Ver "Nacionalismo," *El Amigo del Pueblo* 2, 19 may. 1839, p. 2; "Patriotismo," *El Boliviano* 1, no. 106, 28 jul. 1831, pp. 2-3; "Patriotismo," *El Espejo* 1, no. 1, 16 jul. 1840, pp. 2-3; "Patriotismo," *La Epoca* 3, no. 616, 8 jun. 1847, pp. 3-4; "Amor a la patria," *El Prisma* 2, no. 320, 26 oct. 1849, pp. 1-2; y "Amor a la patria (continuación)," *El Prisma* 2, no. 321, 27 oct. 1849, pp. 1-3 (este artículo fue reproducido en *El Reformador* 1, no. 8, 15 nov. 1849, pp. 2-3, y en *El Reformador* 1, no. 10, 30 nov. 1849, p. 3); y "El ciudadano y su patria," *El Amigo de la Verdad* 1, no. 24, 1 feb. 1853, pp. 143-45.

54. "Códigos," *El Boliviano* 1, no. 91, 7 abr. 1831, p. 2.

una de las obligaciones de los legisladores consistía precisamente en “formar ciudadanos.”⁵⁵ La prensa proponía que para crear y fomentar “el amor patrio,” había que ligar “el bienestar individual a la existencia de la patria, no por empleos sino por leyes benéficas y protectoras.”⁵⁶ Consecuentemente, la inscripción oficial del estado, su discurso legal, formaba parte integral de las distintas publicaciones periódicas, y servía para diseminar la constitución formal y escrituraria de la nación entre los ciudadanos. Asimismo, desde una perspectiva constructivista, los periódicos afirmaban que “los sentimientos” patrios eran internalizados por los sujetos nacionales al incorporar una ética cívica (“pública”) en su vida privada y viceversa. Para ser un buen “ciudadano,” se consideraba necesario primero ser buen padre, hijo, esposo y amigo, ya que “las virtudes domésticas son el fundamento de las virtudes públicas.” Desde esta perspectiva, “el mejor capital de una Nación consiste en las costumbres domésticas de los ciudadanos.”⁵⁷ La prensa, por lo tanto, articularía una pedagogía nacionalista en todos los ámbitos culturales. Promovería la literatura y el teatro, y apoyaría las distintas instituciones educativas y artísticas, por ejemplo, como una manera de cultivar las virtudes y costumbres de los lectores (y los bolivianos en general), entendidas como el cimiento de lo nacional.

EL MERCADO SIMBOLICO DE LO NACIONAL

Muchos periódicos en su primer siglo de existencia recibían subsidios del “tesoro público” (Salas 1925, 330). Nacieron como “medio auxiliar de las tareas gubernativas,” y sólo con “la propagación de las luces y la lucha de partido” adquirirían cierta “independencia” (Vaca Guzmán 1882, 627). Desde sus principios, la mayoría de ellos eran entidades comerciales que dependían económicamente de su venta al público en general y, posteriormente, de sus ingresos por los avisos o anuncios publicitarios. Una de las primeras hojas invitaba a “las personas ilustradas” a pagar sus suscripciones. Refiriéndose al nacimiento de un “nuevo hermano,” un periódico comentó: “Una buena suscripción es la mejor matrona para esta clase de partos.” Otro se declaró “empresa particular” y aclaró que “no es oficial.”⁵⁸ Poco a poco, se agudizaba la orientación empresarial de las gacetas. A partir de 1835, se empezaban a ver grabados en las inicialmente reducidas (o inexistentes) secciones comerciales. Una década más tarde, entre el 50 y 100 por ciento de la cuarta (y última) página de algunas publicaciones estaba

55. “Educación pública,” *El Iris de La Paz* 1, no. 6, 15 ago. 1829, pp. 3–4.

56. “Constitución política,” *El Iris de La Paz*, 6 may. 1832, p. 2.

57. En una carta firmada por “Un patriota” y remitida a los editores de *El Boliviano*, 2 oct. 1836, p. 4.

58. Ver, respectivamente, “Aviso,” *Gaceta de Chuquisaca* 1, 30 jul. 1825, p. 4; “Periódicos nacionales,” *El Correo del Interior* 17, 25 ago. 1845, p. 67; y “Avisos jenerales,” *La Abeja Paceña* 1, no. 1, 13 jun. 1846, p. 4.

ocupada por “avisos” o “anuncios” comerciales. Sintomáticamente, varios editores empezaron a firmar como “empresarios.”⁵⁹

A partir de 1840, incrementaron significativamente la cantidad de textos literarios (poemas, sobre todo) en los periódicos. En 1845 varios titulares incluían “secciones literarias,” “folletines” y otros tipos de obras por entregas. En 1848 salió *El Ramillete de “La Epoca,”* una publicación de “Modas, costumbres, artes, historia y literatura.” A partir de la *Revista de Cochabamba* (1852), se publicaban revistas literarias cada vez más especializadas. Estas transformaciones de la prensa obedecían a las exigencias del mercado y a su creciente público femenino. En varias hojas se ofrecían folletines como medio para enganchar a los abonados: “Los sres. suscriptores recibirán un opúsculo en obsequio.” En otro ejemplo, “Al fin de cada año se regalará a los Señores suscriptores un opúsculo literario, un Drama original, una novela o alguna traducción extranjera.”⁶⁰ Por estos años, también se interpelaba directamente a las lectoras, y se les dedicaba secciones especiales. Se publicaban artículos sobre y para mujeres: inicialmente manuales de comportamiento y programas de educación del “bello sexo,” y luego, secciones de modas y belleza o sobre el hogar, de variedades o de literatura, como “El Album de las damas,” incluyendo contribuciones de mujeres y a veces redactadas por ellas.⁶¹ El mercado y los intereses del público lector (y de las mujeres en particular) determinaban la estrecha relación entre la literatura y la prensa, e incidían en las figuraciones de lo nacional.

Los periódicos tenían un sistema de distribución nacional bastante eficiente,⁶² y su supervivencia dependía sobre todo de sus suscripciones. No cuento con datos precisos sobre la circulación, excepto una referencia a “pequeños tirajes” de siete mil ejemplares a finales del siglo XIX, y de doce mil o más en 1924 (Salas 1925, 328). De ser correctas, esas figuras no parecen

59. Ver “Periódicos,” *La Abeja Paceña* 1, no. 8, 25 jul. 1846, p. 3; y el “Prospecto” de la *Revista de Cochabamba* (1852), la primera revista literaria boliviana.

60. “Aviso,” *El Correo del Interior* 14, 4 ago. 1845, p. 56; y “Condiciones de la suscripción,” *La Concordia* 1, no. 1, 15 mar. 1858, p. 12.

61. “El Album de las damas: Semanario” apareció por primera vez en *La Epoca* 1, no. 7, 10 may. 1845, pp. 1–2; esta sección semanal ocupaba el mismo lugar de los folletines y salía generalmente los sábados. Salvo estas excepciones, el surgimiento del periodismo cultural femenino en Bolivia era algo tardío (y escasamente estudiado) en relación a países vecinos, y posterior al foco temporal de este trabajo. Aunque contribuyeron textos sueltos desde antes, recién hacia 1870 aparecieron mujeres como colaboradoras oficiales en periódicos y revistas literarias. *El Album: Publicación Semanal, Literaria, de Modas y Costumbres*, la primera dedicada “especialmente a las señoras,” salió recién en 1889, dirigida por Carolina Freyre de Jaimes. En un trabajo pionero, Rossells (1988) ha examinado el tema de la mujer en la revistas literarias de la segunda mitad del siglo.

62. El siguiente anuncio es típico: “Este periódico saldrá todos los lunes: se vende en la tienda del Cno. Cristoval Dueñas en esta Ciudad [La Paz], y en las Administraciones de Correos en los demas Departamentos.” Ver *El Illimani* 6, 22 abr. 1839, p. 1. Otras hojas dan los nombres de las tiendas que las distribuyen en las distintas capitales.

nada bajas si se considera que en 1900 se contaba con una población urbana de 53,000 habitantes en La Paz y 155,000 en todo el país (Klein 1982, 298). Hacia mediados de siglo, *La Epoca* publicó listas con cerca de 200 suscriptores en su primer mes de existencia (abril-mayo 1845). Años después, otra publicación expresó su necesidad de conseguir más abonados para no desaparecer: “La suscripción con que contamos es de 130 números, y necesitamos 150, para costear los gastos indispensables de impresión y reparto.”⁶³

Las bajas tasas de alfabetismo y un comercio “apenas competitivo” presentaban serias limitaciones al periodismo boliviano en sus primeras décadas (Fellman Velarde 1976, 129).⁶⁴ De cualquier manera, varios factores destacados (suscripciones, distribución, apertura al público femenino) indican la inserción de la prensa en algún tipo de mercado nacional—por más reducido que fuera—y la consecuente necesidad de promocionarse comercialmente. Los “pequeños tirajes” no parecen tan significativos si se considera la enorme cantidad de hojas que se publicaban y sus circuitos de difusión. Según Moreno, “las gacetillas eventuales, que con vivacidad febril se publican a la vez en las seis ciudades principales de la República, no son de ordinario menos de veinte, subiendo su número en épocas transitorias hasta cincuenta o sesenta” (Moreno 1989, 210). Durante el año 1848, circulaban aproximadamente un diario y cuatro otros periódicos (entre eventuales, semanales, bi- y trisemanales) por cada 15,000 habitantes de Sucre y La Paz.⁶⁵

Por otro lado, parece evidente que la cantidad de lectores de las gacetas excedía considerablemente a la de suscriptores y compradores. A nivel oficial, se dispuso en 1830 y 1831 que se distribuyeran copias de “cada periódico o papel que se imprima . . . a todos los empleados indotados,” incluyendo a “los gobernadores (subprefectos) y corregidores de todos los cantones” (Salas 1925, 328). Similarmente, en el decreto de creación de bibliotecas públicas en las capitales, se exigió que los administradores de imprenta les otorgaran gratuitamente un ejemplar de cada periódico, folleto o

63. “El Semanario,” *El Semanario* 8, 27 mar. 1870, p. 1.

64. Fellman Velarde fue bastante crítico al respecto: “La prensa persistió con las características de enanismo en el tiraje y de dependencia económica respecto de quienes podían darse el lujo de financiarla para servirse de ella” (1976, 176). Sin lugar a dudas, los bajos tirajes de empresas comerciales, la dependencia económica y el partidismo político son fenómenos relacionados.

65. En La Paz salieron 170 periódicos en los primeros 52 años y en Sucre 178 en 50 años (1825–1874). En 1848 se publicaban en La Paz 3 diarios, 3 periódicos bisemanales, 2 trisemanales y 4 eventuales. En Sucre, un diario, 2 periódicos bisemanales, 2 semanales y 2 eventuales (para los datos de La Paz publicados in 1876, ver Moreno 1989, 211; los de Sucre, en Mendoza 1961, 138 y 143–44). En 1846 La Paz contaba con 43,000 habitantes y Sucre con 19,000 (en Klein 1982, 297). Y las figuras para 1848 no son del todo excepcionales: en 1861 en La Paz circulaban 2 diarios, 2 trisemanales, 2 bisemanales y 14 eventuales (Moreno 1989 211); y en 1862 aparecen en las principales ciudades de Bolivia “un total de 43 publicaciones, balonía de papel” (Salas 1925, 330).

libro que publicaran.⁶⁶ Varios gobiernos impulsaron la difusión de la prensa entre las clases populares: “Un periódico de ese tiempo invitaba a su oficina a todos los artesanos pobres y a los labradores para que leyesen ‘sin sacrificio alguno.’ Otro vocero reiteraba: ‘será gratis para artesanos’” (Ocampo Moscoto 1978, 87). Existe, en efecto, suficiente “evidencia” (anecdótica, por lo menos) para afirmar que los periódicos circulaban de “mano en mano y de pueblo en pueblo,” y que seguramente alcanzaban a parte de la población analfabeta en algún tipo de sistema de “publicidad oral.”⁶⁷ Por ejemplo, no deja de ser curioso un aviso dirigido “A los mendigos,” en el que se anunciaba que se repartiría “una limosna en dinero” a “los pobres.”⁶⁸ Dado que es poco probable que “los mendigos” o “pobres” fueran alfabetos, se tiene que asumir que los medios periodísticos de alguna manera llegaban a pobladores no letrados.

En cuanto al común fenómeno de la lectura de una hoja por varias personas, un artículo repitió lo siguiente: “si este artículo mereciera alguna atención se suplica al lector que vuelva a leerlo y lo preste después a su vecino.”⁶⁹ Las costumbres en torno a una difusión “alternativa” de las gacetas parecen haber estado tan arraigadas en la sociedad que se percibían como una amenaza al periodismo como “empresa” capitalista. Vaca Guzmán presentó estos argumentos de manera un tanto contradictoria:

Cada publicación periódica cuenta con un limitado número de suscriptores de cuyas manos pasa el periódico a las del vecino y hace una tardía escursión por toda la parroquia merced a una intolerable galantería. Esta pequeña liberalidad contraria a los hábitos que estimulan la lectura, hace escollar toda empresa seria y no presta aliciente alguno a los desinteresados escritores que parecen vivir satisfechos con los volubles aplausos de círculo. . . . qué grave daño ocasiona aquella costumbre lugareña en la esfera de la ilustración popular! Difícil sería apreciar la inmensa influencia que ejerce el diario sobre la inteligencia de sus lectores; la hoja que penetra en la morada de cada abonado junto con el primer rayo de luz que ilumina el nuevo día, arroja un puñado de ideas sobre el cerebro. (Vaca Guzmán 1882, 639)

Por un lado, Vaca Guzmán cantaba las bondades de la prensa y los beneficios que aportaba a los suscriptores. Por otro, criticaba la difusión informal de las hojas (con sus beneficios) entre los lectores no “abonados.” En el

66. “Decreto,” *El Boliviano* 4, no. 109, 29 jul. 1838, pp. 1–2.

67. Montenegro se refirió a la *Rimay Pampa* (“Pampa en que se habla”) de tradición andina como “precursora” de la prensa nacional, y afirmó que “el indio actual es, todavía, un vehículo eficazísimo de la publicidad oral. Poseyendo o no un sistema propio de informaciones, la masa indígena de Bolivia logra comunicarse con extraña rapidez de uno a otro bastión de la República” (Montenegro 1990, 53–54). Independientemente de los méritos de esta observación, varios factores aludían a la difusión de la información periodística en un circuito que incluía la oralidad y por medio de prácticas poco convencionales. En el contexto de la confederación peruano-boliviana, C. Méndez (1993) discutió las relaciones entre las sátiras periodísticas de Santa Cruz y la oralidad popular en el Perú.

68. Ver “A los mendigos,” *El Correo del Interior* 2, no. 95, 21 ene. 1847, p. 4.

69. “Ventajas que resultan de la borrachera (concluye),” *El Comerciante* 3, 26 jun. 1836, p. 10.

fondo, le preocupaba la profesionalización (remunerada) de los escritores y que el éxito comercial de las gacetas hubiera “encontrado el obstáculo insuperable de faltar lectores [¿compradores?] suficientes para hacer de una empresa literaria un negocio mercantil fructuoso” (Vaca Guzmán 1882, 646). El destino y la misión de los periódicos, entonces, dependían de su aceptación en el mercado. La distribución informal y gratuita, que debería favorecer la difusión de “las luces,” representaba una amenaza para las frecuentemente precarias “empresas” periodísticas.

La prensa proporcionaba un enlace entre un incipiente capitalismo y la nacionalidad: al instituirse como apéndice del mercado, reunía en sus páginas noticias y anuncios comerciales diversos, creando algún tipo de comunidad imaginada entre los lectores a quienes concernían o pertenían esos elementos (ver Anderson 1991, 62). Empezaba a forjar lazos de identidad y a difundir relatos compartidos entre los bolivianos al incorporar en un mismo espacio semiótico los factores más heterogéneos de la nacionalidad en una especie de inventario con un impulso totalizador. Un simple ejemplo de este proceso abarcador son las múltiples “listas” que se publicaban regularmente. Estas incluían los nombres de diputados y senadores electos, de los miembros de las sociedades literarias en las distintas capitales, de estudiantes que se iban a examinar, de los suscriptores de la hoja, de maestros de escuela en distintos pueblos. También se publicaban listas “policiales” de personas con multas o deudas, otras con el nombramiento de ciertos artesanos como “maestros mayores” y aun una lista de un grupo de “pobres” que recibió atención médica gratuita.⁷⁰ La pluralidad de datos que comparten las mismas hojas (los nombres de individuos y sus ocupaciones, en este caso) es asombrosa en sí. Pero la principal contribución de la prensa en la construcción del sentido de una comunidad patria radica en su reconceptualización del tiempo en que existía esa comunidad y del espacio geográfico que le correspondía en términos de “lo nacional.”

“LA NACIONALIZACION” DEL TIEMPO Y EL ESPACIO

Espacio

Formalmente, la división más común en los periódicos de la época correspondía a las secciones del “Interior” y del “Exterior.” Por medio de esta simple y aparentemente ingenua demarcación entre las noticias nacionales y las extranjeras, se naturalizaba lo nacional, excluyendo lo que no

70. Un número incluyó en una misma página listas de pobres que recibían asistencia médica, de comisarios de policía y sus ocupaciones, de maestros de escuela, de un informe policial y de “los maestros mayores” y “los segundos” de los siguientes gremios: sastres, talabarteros, plateros y ojalateros, herreros, sombrereros, barberos, leceros, pintores, zapateros, carpinteros y guitarreros, cueteros, albañiles y músicos. Ver *El Boliviano* 4, no. 70, 15 mar. 1838, p. 3.

lo era. A pesar de la tendencia universalista con que se presentaba a los lectores los acontecimientos mundiales y los progresos de “la civilización,” la prensa terminó colonizando sobre todo el territorio patrio. En las primeras décadas de vida republicana, las principales preocupaciones de la prensa relacionadas con el espacio tenían que ver con la existencia del estado boliviano y su integridad territorial.⁷¹ En los primeros años, además de *El Cóndor de Bolivia* (1825–1828), se empezaron a publicar *El Nacional de Bolivia* (1828–1829) y *El Boliviano* (1829–1841). La redundancia de un título como *El Nacional de Bolivia* se entiende al considerar la defensa política que estos periódicos realizaban por el derecho de autodeterminación del estado boliviano ante las pretensiones anexionistas de Lima y Buenos Aires. Estas pretensiones eran expresadas en la prensa de estas antiguas sedes de los virreinos a los que perteneció Charcas. En particular, *El Cóndor* defendía la permanencia de Tarija en Bolivia, contra una concesión hecha por Bolívar a la Argentina.⁷² Charles Arnade sostuvo que ante una precaria situación internacional, esta hoja “llegó a ser el defensor intelectual de la nueva nacionalidad boliviana” (1959, 171).⁷³

Por otro lado, las transformaciones del estado y la economía no siempre tenían un correlato inmediato en el imaginar del territorio nacional. Durante la época de la Confederación Perú-Boliviana (1835–1839) bajo el liderazgo de Santa Cruz, “Protector” de la Confederación y presidente boliviano, se mantenía la distinción espacial, semiótica y semántica entre ambos países, incluso en los periódicos oficiales y crucistas. En su organización formal como en sus contenidos, los periódicos reproducían conceptualmente la idea de Bolivia como nación independiente, incluso en La Paz, foco del mercado apoyo regional a Santa Cruz y su proyecto de unión con el país vecino (ver Parkerson 1984). Las noticias del Perú seguían correspondiendo al “exterior,” mientras que las decisiones del gobierno boliviano con respecto a ellas eran del “interior.” El Perú era un “pueblo hermano,” con el que se compartía mucho y al que se debía “socorrer,” pero en el imaginar de la prensa era claramente otra nación. Algo semejante ocurría con la economía “nacional.” El mercado interno era bastante poroso e incluía el sur peruano y el norte argentino, pero la prensa no consideraba esas regiones como parte de la nación. Los periódicos de las tres distintas repúbli-

71. Los principales conflictos territoriales en la primera mitad del siglo XIX se dieron sobre todo con Perú y Argentina, en torno a la independencia de Bolivia y su integridad territorial, y con Perú y Chile, a raíz de la Confederación Perú-Boliviana.

72. En *El Cóndor de Bolivia*, se publicó un “Acta” en la cual los tarijeños declararon su “firme resolución de no pertenecer jamás a la República Argentina” y su “libre y espontánea voluntad” de ser parte de Bolivia. Ver *El Cóndor de Bolivia* 48, 2 nov. 1826, pp. 2–3.

73. En las páginas de este periódico, se publicaron, promovieron y defendieron las reformas liberales (educativas, anticlericales, administrativas y fiscales) del gobierno de Sucre (ver Lofstrom 1983).

cas discutían los problemas que causaba la amplia circulación de moneda feble boliviana en esas regiones en términos de “comercio exterior.”⁷⁴

El tema del comercio exterior se relaciona con las propuestas sobre el destino nacional planteadas en los periódicos por librecambistas y proteccionistas. En ocasiones estas discusiones tenían connotaciones regionalistas. En 1845 *La Epoca* de La Paz apoyó un proyecto de libre extracción de pastas (minerales), fuertemente atacado por *El Eco de Potosí* porque amenazaba la sobrevivencia la industria de la amonedación, “única ocupación de la mayor parte de un Departamento” (*El Eco*, en Barragán 1994b, 230). Mientras que *La Epoca* criticaba a los de Potosí por su “provincialismo,” los de Potosí consideraban a los primeros extranjerizantes y afirmaban que aun si se sacrificaran “los intereses particulares” de los exportadores, se tenía que proteger “el bien procomunal.”⁷⁵ Históricamente, la política proteccionista de Santa Cruz y Belzu y la acuñación de moneda feble claramente favorecieron al artesanado, en detrimento de la minería y otros rubros basados en el comercio exterior.⁷⁶ Lo importante es que en ambas propuestas, aunque desde perspectivas político-económicas opuestas, se defendía lo que los redactores percibían como el bienestar y la riqueza de toda la nación. Las gacetas parecían conscientes de que el mercado simbólico que representaban y que intentaban cubrir, así como el proyecto nacional que promovían, estaban estrechamente relacionados con la economía del país, en un contexto internacional.

Otra estrategia usada para colonizar el territorio provenía de los periódicos de la Ilustración, como *El Mercurio Peruano*. Consistía en incorporar descripciones físicas y naturales del ámbito geográfico de la patria. Desde sus primeras décadas, las gacetas incluían prominentemente en sus páginas informes geográficos y económicos oficiales, como el de Joseph Pentland, y descripciones científicas, como las de Tadeo Haenke y Alcides D’Orbigny. Existían, sin embargo, diferencias de grado con respecto a las publicaciones del anterior siglo. En el caso republicano no sólo se profundizó el impulso utilitario del “ojo” que observaba el país sino que también se hablaba en términos de “integración” y de la formación de un mercado

74. La referencia básica sobre el tema es el libro de Antonio Mitre (1986). Barragán citó a varios autores que apoyaban la tesis sobre la vigencia de “un espacio económico regional a pesar de la depresión minera” (1994b, 234). Bieber (1989) postuló la existencia de una “economía nacional,” pero Langer (1987), como Mitre, aclaró que el mercado interno “boliviano” trascendía las fronteras del estado.

75. Ver la nota editorial (sin título) de *El Eco de Potosí*, 1, 27 jun. 1845, p. 1; “El Eco,” *El Eco de Potosí* 5, 19 jul. 1845, pp. 1–2; y “El Eco,” *El Eco de Potosí* 6, 26 jul. 1845, pp. 1–2.

76. Bieber señaló que la acuñación de moneda desvalorada tuvo mayor impacto que las leyes o políticas proteccionistas de gobiernos específicos: “Al ser rechazada [la moneda feble]—por razones obvias—en los mercados extranjeros, ella se convirtió en uno de los, y quizás en el instrumento proteccionista más importante que conoció la república entre 1830 y 1855. La acuñación de circulante monetario desvalorizado ayudó a proteger la industria manufacturera y benefició, por ende, al artesanado” (Bieber 1989, 356).

"nacional." Junto a los artículos de los viajeros científicos interesados en "la historia natural" de la región, se publicaron algunos de exploraciones que planeaban la explotación de la riqueza natural y estudiaban la navegabilidad de los ríos o la posibilidad de construir canales, y aun otros sobre "obras públicas," como puentes y caminos, que permitirían "la comunicación" entre las diversas zonas geográficas.

A menos de diez años de la declaración de la independencia, se leían textos sobre la necesidad de "tomar conocimiento" de las distintas regiones y promover "colonias" en ellas, así como de fomentar la apertura de nuevos "canales de consumo."⁷⁷ Durante la administración de Santa Cruz, se intentaba consolidar las rutas comerciales hacia el Oeste mediante el establecimiento de puertos nacionales sobre el Pacífico. Ballivián prestaba atención al Oriente, promoviendo la exploración y la colonización militar de esa región.⁷⁸ Similarmente, hacia mediados de siglo el gobierno se esforzó por controlar la región Sureste de la república renovando el uso de las misiones religiosas como instrumento de colonización (ver Langer 1994). En una época en la que todavía no se había articulado el territorio nacional ni se había formado un mercado interno eficiente que conectara comercialmente las distintas regiones, se observaba en la prensa una aguda conciencia sobre la necesidad de lograr la consolidación y el progreso de la patria, precisamente a través de este tipo de conexiones "objetivas." En este sentido, el imaginario de un proyecto de integración nacional antecede y guía su realización material.

El periodismo de estas décadas también se caracterizaba por su auto-reflexividad y sus relaciones inter-textuales. Abundaban artículos con títulos como "Periódicos," "Prensa nacional" y "Revista de periódicos," en los que los editores de una publicación particular evaluaban las otras, estableciendo alianzas y oposiciones partidarias con respecto a distintos temas. Aquí también se articulaban las diferencias entre algunos periódicos nacionales y otros extranjeros. Frecuentemente se reproducían en la prensa nacional textos provenientes de otros periódicos hispanoamericanos y traducciones de algunos europeos. Se apreciaba la utilidad de estos artículos por sus contenidos culturales y por su información sobre los últimos adelantos sociales y científicos del "mundo civilizado." A veces se presentaban reclamos o se expresaba satisfacción cuando se publicaron artículos sobre

77. Ver "Puente de Pilcomayo," *El Boliviano* 2, no. 84, 19 oct. 1934, p. 2. En "Prosperidad pública," como en muchos otros artículos, se promovía "la colonización" del territorio nacional. Ver *El Iris de La Paz* 3, no. 27, 2 mar. 1834, pp. 2-3. En otro artículo del mismo título se incluían las siguientes ideas para impulsar "la prosperidad pública": "Promover la apertura de canales, caminos y comunicaciones. . . arraigar colonias en sus fértiles campañas. . . Reconocer y tomar conocimiento de aquellas regiones, de sus ríos, comunicaciones, plantas, productos. . . Fomentar el comercio interior abriendo nuevos canales de consumo." "Prosperidad pública," *El Iris de La Paz* 3, no. 46, 22 jun. 1834, p. 3.

78. Ver Klein (1982, 121), y sobre todo el libro de Greever ([1954] 1987).

Bolivia en Europa o en los países vecinos. Los periódicos extranjeros eran percibidos claramente como tales cuando en vez de publicar noticias de interés general tocaban problemas políticos que afectaban los intereses del país o amenazaban “la soberanía nacional,” particularmente en cuestiones territoriales, limítrofes o de guerra. En estos casos y a veces bordeando en la xenofobia, lo extranjero se asociaba con lo anti-nacional. Este tipo de nacionalismo también adquería tintes personales y partidistas. Retrospectivamente, por ejemplo, la prensa criticó la administración de Sucre (y la influencia en ella del ejército colombiano y sus ministros foráneos) como extranjerizante. La de Ballivián, apoyada por exiliados argentinos (incluyendo a los redactores de *La Epoca*), sufrió ataques semejantes.

En las revistas de la prensa nacional, los periódicos en algunos casos se apoyaban, felicitaban e intercambiaban artículos, y en otros se declaraban enemigos. Pero siempre estaban conscientes de que publicaban información a la que los otros periódicos también tenían acceso y que influía en términos semejantes a los lectores de los distintos titulares, ya fueran de la misma ciudad o de otras capitales de la república. Estas experiencias paralelas que producía la prensa en varios lugares de lo que se iba articulando como un mismo territorio incentivaba el sentimiento de comunidad entre sujetos que, sin conocerse, se veían inscritos y afectados por relatos compartidos. No obstante el fuerte arraigo regional y localista de los periódicos (debido a su carácter urbano y capitalino), incluían varios elementos que les permitían abrirse hacia el resto del país y establecer vías de comunicación con todo el territorio. En primer lugar, tenían un sistema de suscripción y distribución nacionales que en teoría debían alcanzar todos los cantones de la república. En segundo, a cualquier publicación llegaban “remitidos” (cartas, comentarios, relatos) de los pueblos más recónditos y de todas las ciudades. Más aún, gracias a este sistema de remitidos y al intercambio de artículos entre los distintos periódicos, se aireaban problemas de interés local en toda la república. Consecuentemente, algunos de esos problemas se percibían como nacionales al ser discutidos en distintas regiones con la conciencia de que expresaban situaciones compartidas por el resto del país. Por ejemplo, una carta (firmada por “un ciudadano”) denunció los abusos de un juez en la remota provincia de Inquisivi, asumiendo que “esta materia es de interes jeneral.”⁷⁹ Se produce, entonces, la nacionalización de lo regional, y se agudiza la certidumbre de que las experiencias y realidades de las distintas localidades están conectadas dentro del mismo ámbito del territorio patrio.

Los periódicos han tenido un marcado impacto, poco estudiado, en las prácticas de percepción y de lectura, así como en las estructuras de la conciencia cultural e individual del tiempo y del espacio (Terdiman 1985,

79. “Correspondencia: SS. EE. de *La Epoca*,” *La Epoca* 1, no. 171, 27 nov. 1845, p. 1.

118, 127). De acuerdo a Anderson, la imprenta capitalista y los periódicos en particular permiten que ciertos espacios territoriales sean imaginados como naciones (1991, 61). Mientras que las monarquías o “comunidades dinásticas” basaban su conciencia espacial del estado en “los centros,” las comunidades nacionales “modernas” se perciben en términos de “un territorio” (1991, 19). En este sentido, el periódico es un vehículo más apropiado para representar los distintos espacios de la patria que la crónica o el libro impreso y erudito. Los espacios “vacíos” (sin connotaciones simbólicas) tienen que ser “domesticados.” Se los debe “producir” como territorios, es decir, como parte de un proyecto racionalista y en función de la formación del estado-nacional (ver Montaldo 1995; B. González 1995, 33–34).

La prensa boliviana jugó un papel crucial en la producción del territorio nacional, que se pensaba inicialmente a partir unos cuantos centros: la sede del gobierno, desde donde se planeaban proyectos de exploración y colonización, y desde los periódicos de las distintas capitales que incorporaban múltiples representaciones de los espacios del país en sus páginas.⁸⁰ Incluía constantemente relatos de viajeros científicos, de naturalistas y de exploradores así como proyectos de colonización. Los periódicos participaban en la ampliación del “núcleo” espacial desde el que inicialmente se imaginaba Bolivia. Complementando las de Sucre y La Paz, a mediados de siglo se establecieron varias hojas en Cochabamba, Potosí y Oruro, dedicadas a defender “los intereses locales” y nacionales a la vez.⁸¹ Atentando contra una visión unitaria y armónica del territorio, los intereses regionales que se promovían desde distintas ciudades se veían frecuentemente encontrados.⁸² Similarmente, los remitidos de los pueblos remotos tardaban mucho en publicarse en los periódicos capitalinos, y las cartas de provincia frecuentemente denunciaban la falta de servicios y atención de las autoridades a los problemas locales. De cualquier manera, a partir de las principales capitales y sus voceros, se empezaban a integrar, mediante su ocupación y representación, las regiones marginales. La prensa, por lo tanto, a la vez que expresaba los conflictos regionales y las dificultades en la articulación espacial de la nación, era el principal medio de apropiación de un amplio territorio geográficamente fragmentado y disperso. Al incorporarlo

80. Qayum señaló que las capitales mencionadas y sus departamentos constituyen “el *heartland* de la nación,” y destacó “la importancia de los periódicos [de esta época] en fomentar una conciencia geográfica nacional” (1994, 200).

81. Según un artículo, “Tampoco tenía Cochabamba una gaceta que represente sus intereses locales.” Ver “Aparición,” *El Termómetro* 1, 16 jun. 1852, p. 1. El gobierno de Belzu, en particular, “hizo distribuir imprentas nuevas en varias ciudades” (Ocampo Moscoso 1978, 102).

82. J. Mendoza Pizarro (1997) estudió el papel de los intelectuales y de las prensas locales durante la segunda mitad del siglo en los conflictos regionales (políticos, económicos e ideológicos) entre Sucre y La Paz, conflictos que eventualmente conducirían a “la guerra civil” o “revolución liberal” de fin de siglo.

en la imaginación de los lectores de todo el país, empezaba a forjar “la unidad” de este espacio y a establecer “las fronteras” que definían los aún imprecisos límites de la nación.

Tiempo

La experiencia del tiempo, como la del espacio, se transformó gracias a los periódicos. En ellos no sólo se tomaba conciencia de que ciertos eventos de una ciudad repercutían en otras regiones o que algunas noticias aludían directamente a los lectores de todo el país sino también que estos acontecimientos sucedían de manera simultánea. Por ejemplo, la prensa reportaba la celebración, con muy pequeñas variantes, del mismo feriado nacional en distintas capitales. Por otro lado, la propia periodicidad de estas publicaciones marcaba la temporalidad y el devenir de la comunidad de lectores. La regularidad del acontecer nacional se interrumpió ocasionalmente: muchas hojas semanales publicaban suplementos fuera de fecha para transmitir noticias importantes cuando los editores consideraban que no podían esperar unos días para comunicarlas. En este sentido, el tiempo de una nación en su precario proceso de modernización no es tan homogéneo como pretende Anderson.⁸³

Los periódicos modificaban la percepción del tiempo. En primer lugar, lo marcaban o medían con su misma secuencia serial. En segundo, lo “llenaban” con sus contenidos y noticias, tanto en épocas de rutinaria tranquilidad como en situaciones de crisis. En tercero, y más importante, definían el tiempo en términos nacionales. Aludiendo tanto a su inmediatez como a su regularidad (signos de su modernidad), una nueva hoja sostuvo que ventilaría “las cuestiones que interesan momentáneamente e incessantemente a la opinión pública.”⁸⁴ Mientras que Richard Terdiman (1985) conectó “las modificaciones” en la mentalidad que producen los periódicos con la modernización capitalista, me interesa relacionar las nuevas maneras de percibir el tiempo y el espacio con la formación nacional en Bolivia (y toda su heterogénea “modernidad”). Se puede argüir, por ejemplo, que el tiempo “vacío” (como un principio conceptual y abstracto de la modernización de las sociedades) se va “llenando” de distintas maneras, con las experiencias específicas de individuos y comunidades. En otras palabras, las experiencias concretas de una cultura o una región subvierten cualquier homogeneidad e implican percepciones particulares de la temporalidad.

En la nacionalización del tiempo en la prensa boliviana del siglo

83. Anderson afirmó que en “la época moderna,” las coincidencias temporales quedan marcadas en el calendario “post-mesiánico” en el que el tiempo es “homogéneo y vacío,” y ya no en la simultaneidad atemporal de la profecía (1991, 24). Añadió que la novela y los periódicos son los vehículos ideales para representar este tipo de temporalidad (1991, 22–32).

84. “Aparición,” *El Termómetro* 1, 15 jun. 1852, p. 1.

XIX, se produjo una tensión entre la tendencia dominante, teleológica y uniformizadora, y rastros de temporalidades heterogéneas. Si la analogía entre la idea de un organismo social que se desplaza en el tiempo del calendario y el movimiento de una nación en la historia resulta apropiada (Anderson 1991, 26), las fechas siempre cambiantes, junto a la relativa estabilidad de un nombre y de un lugar de publicación en los titulares, captan la dimensión espacio-temporal de esta imagen. Los periódicos bolivianos apostaban al proyecto modernizador de la ideología liberal: representaban “la marcha” de la sociedad en términos del “progreso” (ver Hobsbawm 1990, 39), y normalmente pasaban por alto la diversidad del “ritmo” del cambio histórico en distintos sectores de la población o regiones del territorio. Es decir, como el discurso letrado en general, ocultaban la diversidad en las maneras de percibir la temporalidad en las ciudades, los pueblos y el campo, y medían “el tiempo nacional” únicamente en términos de una “modernización” supuestamente homogénea. Desafiando la pretensión periodística de difundir la información con la inmediatez de “hojitas telegráficas,” los remitidos de los pueblos lejanos tardaban mucho en publicarse en los periódicos capitalinos y frecuentemente denunciaban la falta de servicios y de atención de las autoridades a los problemas locales. A pesar de sí misma, la prensa atestiguaba que el estado llegaba tarde, mal, o nunca, a ciertos lugares de la nación, y confirmaba las desigualdades y descompaginaciones temporales del continente, “los tiempos mixtos” de su problemática modernidad (ver Calderón 1988).

En los primeros años de la república boliviana, poco a poco, en las gacetas y en la experiencia diaria de sus lectores, un calendario patriótico empezaba a reemplazar al calendario religioso o al de los ciclos naturales, que regían la cotidianidad de los sujetos coloniales. No se produjo de inmediato una secularización general, ni mucho menos. Por lo contrario, a pesar de los esfuerzos del gobierno por disminuir la influencia de la Iglesia Católica, en 1835 la mayoría de los “días de corte y asistencia a Palacio” todavía coincidían con fiestas religiosas tradicionales.⁸⁵ Por lo menos dos de ellas, sin embargo, adquirieron en esta época nuevas connotaciones patrióticas. En el día de “San Simón” se honraba la memoria de Bolívar, y en el de “San Andrés Apóstol” se celebraba “el santo” del Presidente Santa Cruz. Similarmente y ya a fines de siglo, en las ceremonias patrias de un pequeño pueblo potosino “se sacralizaba” la figura de Bolívar al pasear su busto por las calles, en un claro paralelo con las fiestas de Corpus Cristi. Gracias a esta mezcla de las perspectivas cívica y religiosa, se producía algo así como una “nueva religión de la nacionalidad” (Platt 1993, 178–80 y 184). Las celebraciones cívicas adoptaban el aura del ritual religioso.⁸⁶

85. “Oficial,” *El Boliviano* 2, no. 95, 4 ene. 1835, p. 4. Platt mencionó los esfuerzos gubernamentales de estos años por reducir el número de fiestas religiosas (1993, 177–78).

86. La religión en sí, a diferencia de otros países latinoamericanos, no jugó un papel deci-

En “las fiestas nacionales” (cívicas o religiosas), participaban todos los sectores de la sociedad. Las ceremonias eran instrumentales en el mantenimiento del poder ideológico del estado y la preservación de las jerarquías existentes, pero también permitían algún tipo de “comunidad” de los distintos grupos sociales en un ambiente patriótico. Personas que generalmente tenían poco o ningún contacto cohabitaban por momentos en los mismos espacios “públicos” de un pueblo o ciudad, en las calles, plazas, patios e iglesias, compartiendo los mismos símbolos nacionales y celebrando a héroes y fiestas comunes. Tomando en cuenta que si las naciones se construyen esencialmente desde “arriba,” también deben ser analizadas desde “abajo” (Hobsbawm 1990, 10), Platt (1993) realizó una excelente lectura de varios de “los textos oficiales” de la nación desde la perspectiva indígena (incluyendo la mencionada celebración patriótico-religiosa). Si se consideran las celebraciones cívicas como procesos generativos de significados nacionales, se debe reconocer con Platt que dichas ceremonias son interpretadas de diversas maneras por los distintos sujetos nacionales, cuestionando la visión homogénea y horizontal de la sociedad que supuestamente caracteriza a las naciones “modernas” (ver Platt 1993; Bhabha 1990b, 295, 300). En un estudio general de los periódicos, resulta imposible desarrollar esta perspectiva con la atención que merece. Me concentro en el texto escrito y su articulación hegemónica de lo nacional a la vez que destaco algunas fracturas, ausencias o marginaciones (del regionalismo, de lo indígena y de la mujer, por ejemplo) en su imaginar.

En la prensa boliviana, se inscribían repetidamente todo tipo de fechas simbólicas que según los editores definían la nación: aniversarios patrios, batallas, cumpleaños del presidente. En base a estas celebraciones, codificadas en muchos casos, “se inventaban tradiciones” (ver Hobsbawm 1983) y se cultivaban los mitos de la patria. Gracias a los recuerdos cíclicos y a la imaginación nacional,⁸⁷ las celebraciones públicas naturalizaban los símbolos del estado nacional al asociarlos con “las estaciones,” y los mitificaban al considerarlos “eternos,” a pesar de haber sido inventados. Según *El Boliviano*, “¡Que grandes son las ventajas que saca la Patria del establecimiento de los aniversarios públicos! Las instituciones periódicas y nacionales son monumentos eternos unidos al círculo de las estaciones y de los años, que recordando las épocas y acontecimientos de mas importancia, inflaman el entusiasmo, y doblan la fuerza y poder del Estado.”⁸⁸

sivo en el nacionalismo boliviano, ni siquiera bajo el gobierno populista del “tata Belzu.” Según Frederic Richard: “El belcismo utilizó referencias religiosas muy presentes en la Bolivia de mitad del Siglo XIX. Sin embargo, la religión, a diferencia de México, no fue jamás un elemento que permitiese la lenta elaboración de un sentimiento nacional” (Richard 1994, 34).

87. El nacionalismo, una “pasión nacional,” era considerado como un sentimiento, “real o imaginario,” en el que “la memoria” juega un papel fundamental. En “Nacionalismo,” *El Amigo del Pueblo* 2, 19 may. 1839, p. 2.

88. En “Día 30 de noviembre en Cochabamba,” *El Boliviano* 3, no. 45, 3 ene. 1836, p. 1.

Similarmente, en un artículo titulado “Fiestas nacionales,” los editores indicaron que éstas se celebraban y consagraban “por los inmortales acontecimientos de la familia nacional, al mismo tiempo que reproducen a los ojos del pueblo los monumentos i títulos de su poder i virtudes, i se puede decir todavía que vuelven de alguna manera a empezar de nuevo su gloria, sus sucesos, i triunfos. Las fiestas cívicas escitan a las grandes acciones haciendo revivir los nobles recuerdos.”⁸⁹ Este tipo de observación se repetía y obedecía a un principio programático de la prensa. Bartólome Mitre, en su declaración de principios como nuevo redactor de *La Epoca*, expresó el deseo de promover “el entusiasmo en el pueblo evocando los gloriosos recuerdos de nuestra historia en los grandes aniversarios de la patria y recordando la memoria ilustre de los hombres que han merecido bien de ella.”⁹⁰ Los periódicos, con su constante representación de la historia, fiestas, símbolos y textos cívicos, promovían el patriotismo, un sentimiento de nacionalidad y el poder del estado.⁹¹

Cabe destacar además la importancia de los feriados departamentales en la prensa (16 de julio en La Paz, 25 de mayo en Sucre, 14 de septiembre en Cochabamba). Estas fechas recordaban los primeros gritos emancipatorios regionales y dieron nombre a las plazas principales de las distintas capitales, convirtiéndolas en “lugares de memoria” que asociaban estrechamente el tiempo con el espacio. El feriado nacional (el 6 de agosto) se celebraba en las mismas plazas y se comentaba en los órganos periodísticos locales. Más aún, estas notas locales eran frecuentemente publicadas en las hojas de otras capitales, con mayores o menores demoras temporales. Nuevamente, la representación de este tipo de celebraciones en la prensa relacionaba lo temporal con lo espacial, y lo regional con lo nacional.

En las fiestas patrias se retomaba la inscripción “oficial” de la nación. En los respectivos aniversarios, los periódicos publicaban el Acta de Independencia, fragmentos de la Constitución, piezas literarias, discursos particularmente significativos, así como las primeras proclamas emancipatorias. Se revivían estos textos o momentos fundacionales, constituyéndolos en una especie de horizonte cultural de la nación, al que se regresaba periódicamente.⁹² En las mismas ceremonias, mediante discursos

89. “Fiestas nacionales,” *El Espejo* 1, no. 2, 23 jul. 1840, p. 4.

90. *La Epoca*, no. 659, 30 jul. 1847, p. 1.

91. Tanto Anderson (1991) como Hobsbawm (1983, 1990) han destacado la importancia de los himnos, la bandera y otros símbolos nacionales, particularmente debido a su presencia constante, su carácter recurrente y su valor ritual. Estos aspectos también recibieron la atención de los periódicos bolivianos. En uno de los primeros números de *El Iris de La Paz*, se sugirió la creación de un himno nacional “para fomentar el espíritu patrio” (en Lema 1994, 88).

92. A manera de ilustración, el número doble de *La Abeja Paceña* (1, no. 10, 22 ago. 1846), titulado “6 de agosto,” incluyó los siguientes textos en conmemoración de la fiesta nacional: el “Acta de la independencia de las provincias del Alto-Perú” (pp. 1–3), una “Proclama” de Bolívar (p. 3), una “Memoria” de Sucre (pp. 3–5) y una parte del poema “Victoria de Junín: Canto a Bolívar” por J. J. Olmedo (pp. 5–6, con una nota que dice “continuará”).

sos, himnos y los infaltables poemas patrióticos, se iba dando forma y sustancia a los mitos nacionales, incluyendo el de los distintos héroes, a quienes se proclama “padres de la patria” y hacedores de los momentos históricos que lideraron. Gracias a la conmemoración histórica de estas ocasiones, en el tiempo nacional que articulaba la prensa “se reproducían los nobles recuerdos” de la patria y se volvía a empezar, cíclicamente, “la gloria” de la gestación nacional. Al mismo tiempo, se iba marcando el paso de las fechas, desde el presente de cada emisión periodística, como en una especie de calendario nacional.

Una vez más, la temporalidad nacional que articula la prensa incluye una dimensión lineal y progresiva, que parte de los eventos del pasado que marcan “los orígenes” de la patria, pasa por el presente de cada emisión periodística, y se perfila hacia el futuro, y otra “mítica,” basada en la reiteración ritual de momentos (y monumentos) patrios.⁹³ En estas situaciones, la temporalidad de la nación no se percibe tan “fracturada” como Bhabha ha sugerido (1990b, 297), ya que la repetición performativa simplemente refuerza la tradición de un proyecto histórico pedagógico. O, quizás, esa doble temporalidad sea parte integral y “naturalizada” de las pedagogías nacionalistas.

CONCLUSIONES

La formación nacional y el desarrollo de la prensa fueron fenómenos inextricablemente relacionados en las primeras décadas republicanas de Bolivia. Por su misma ubicuidad, es difícil sintetizar las múltiples conexiones de estos procesos. Las gacetas inscribían legalmente la república, defendían los derechos del estado, promovían sus mitos e ideales, definían las virtudes de “la bolivianidad” y conmemoraban los momentos fundacionales de la patria. También representaban la cultura letrada e incorporaban, de manera ambigua y subordinada, ciertos aspectos de los sectores populares. Proyectaban una nación claramente elitista y una pedagogía nacionalista preocupada por formar ciudadanos con sentimientos patrióticos. A la vez, permitían leer, aunque fuera entre líneas, ciertas voces y elementos marginales, cuestionadores del orden. En un sentido más amplio, producían varios de los elementos constitutivos del imaginario nacional, incluyendo su nueva percepción del tiempo y el espacio.

En sus primeros años de vida, los periódicos incluían en sus páginas, lado a lado, una serie de datos diversos y hasta contradictorios: sus fechas siempre cambiantes y la estabilidad de un nombre y lugar de publicación; noticias por definición pasajeras y la recurrente (y ritual) celebración de los

93. Trigo discutió una “doble temporalidad” semejante en el caso uruguayo: “la linealidad racional y moderna que encarna en el Estado capitalista se sustenta y legítima en una circularidad arcaica y mítica” (1995, 8).

hechos “inmortales” o “eternos” de la nación; listas de “los prohombres” elegidos a los distintos congresos nacionales y otras de los artesanos de tal o cual gremio; poemas cultos y sátiras populares; elogios a una institución de “Patricios notables,” y cartas firmadas por “un ciudadano,” “un aldeano,” “unas señoras” de pueblo, “un cochabambino,” “un artesano” o incluso “unos artesanos, llamados cholos”; proyectos proteccionistas y otros que favorecían el libre comercio; las leyes del estado y avisos comerciales sobre las últimas modas de vestir o el remate de ciertas propiedades; los programas políticos del gobierno y una noticia curiosa que aconteció en un rincón olvidado del país o del mundo—y más.

Una hoja impresa se convierte en un complejo espacio semiótico en el que se incorporan de manera simultánea múltiples fragmentos de la nacionalidad: humanos, geográficos, históricos, culturales, administrativos, políticos, comerciales, noticiosos, patrióticos. Todos estos elementos se encuentran y dialogan no sólo en las mismas páginas sino también en un tiempo y territorio que la prensa articula como “nacionales” en la imaginación de los lectores (y seguramente de una audiencia mucho más amplia). En muchos casos, esos “diálogos” ponen de manifiesto las tensiones y desarticulaciones étnicas, económicas y regionales del país, así como los conflictos políticos y de clase entre los grupos letrados, pero no niegan la efectividad de la construcción de un modelo nacional con claras tendencias hegemónicas. Desde sus primeros años, las gacetas han yuxtapuesto una pluralidad de textos y otros factores heterogéneos que empezaron a constituir una comunidad patria y han forjado el polifacético imaginario de lo boliviano, con varias de sus contradicciones.

BIBLIOGRAFIA

ALBA, VICTOR

1968 *Nationalists without Nations: The Oligarchy versus the People in Latin America*. New York: Praeger.

ANDERSON, BENEDICT

1991 *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Edición revisada. London: Verso. Publicado originalmente en 1983.

ARNADE, CHARLES W.

1959 “Un preclaro periódico boliviano, *El Cóndor de Bolivia*.” *Boletín de la Sociedad Geográfica “Sucre”* 46. no. 444:166–89.

1979 *La dramática insurgencia de Bolivia*. La Paz: Juventud.

BARRAGAN, ROSSANA

1994a “‘La época del artesano culto’: La lucha por la educación en la ciudad de La Paz (1845–1855).” Ponencia realizada en el Encuentro Internacional de Historia “El siglo XIX en Bolivia y América Latina,” Sucre, 25–30 agosto 1994.

1994b “Un aldeano ilustrado.” En LEMA 1994, 211–36.

BELLO, ANDRES

1981 *Gramática de la lengua castellana*. Caracas: La Casa de Bello. Publicado originalmente en 1847.

BHABHA, HOMI K.

1990a “Introduction: Narrating the Nation.” En BHABHA, ED., 1990, 1–7.

1990b “DissemiNation.” En BHABHA, ED., 1990, 291–322.

BHABHA, HOMI K., ED.

1990 *Nation and Narration*. London: Routledge.

BIEBER, LEON E.

1989 "Bolivia, 1825–1850: Aislamiento internacional y economía nacional." En *América Latina en la época de Simón Bolívar: La formación de las economías nacionales y los intereses económicos europeos, 1800–1850*, editado por Reinhard Liehr, 341–60. Berlin: Colloquium.

CALDERON, FERNANDO

1988 "América Latina: Identidad y tiempos mixtos o cómo tratar de pensar la modernidad sin dejar de ser boliviano." En *Imágenes desconocidas: La modernidad en la encrucijada postmoderna*, compilado por Fernando Calderón et al., 225–29. Buenos Aires: CLACSO.

CARILLA, EMILIO

1964 *La literatura de la independencia hispanoamericana (neoclasicismo y prerromanticismo)*. Buenos Aires: EUDEBA.

CASTAÑON BARRIENTOS, CARLOS

1990 *Literatura de Bolivia: Compendio histórico*. La Paz: Signo.

CLEMENT, JEAN-PIERRE

1988 "El resurgimiento de la prensa periódica en la América española: El caso del *Mercurio Peruano*." En *La América española en la época de las luces*, 311–25. Madrid: Cultura Hispánica.

CONDOR DE BOLIVIA, EL

1995 *El Cóndor de Bolivia, 1825–1828*. Segunda edición. Prólogo por Alberto Crespo. La Paz: Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia.

DEMELAS, DANIELE

1980 *Nationalisme sans nation? La Bolivie aux XIXe–XXe siècles*. Paris: Editions du CNRS.

FELLMAN VELARDE, JOSE

1976 *Historia de la cultura boliviana*. La Paz: Los Amigos del Libro.

FERNANDEZ DE LIZARDI, JOSE JOAQUIN

1987 *El periquillo sarniento*. México, D.F.: Porrúa. Publicado originalmente en 1816.

GONZALEZ, ANIBAL

1993 *Journalism and the Development of Spanish American Narrative*. Cambridge: Cambridge University Press.

GONZALEZ, BEATRIZ

1995 "Las disciplinas escriturarias de la patria: Constituciones, gramáticas y manuales." *Estudios* 3, no. 5:19–46.

GONZALEZ, JUAN VICENTE

s.f. "La reforma de la ley de imprenta." En *Libertad de imprenta: Selección (1820–1864)*, 121–27. Caracas: Presidencia de la República. Publicado originalmente en 1846.

GREEVER, JANET GROFF

1987 *José Ballivián y el Oriente boliviano*. Traducido por José Luis Roca. La Paz: Siglo. Publicado originalmente en 1954.

GUZMAN, AUGUSTO

1976 *Historia de Bolivia*. Cuarta edición. Cochabamba: Los Amigos del Libro.

HEREDIA, LUIS E.

1955 *Prensa y nacionalismo*. La Paz: Subsecretaría de Prensa, Informaciones y Cultura.

HOBBSBAMW, ERIC J.

1983 "Introduction: Inventing Traditions." En *The Invention of Tradition*, editado por Eric Hobsbawm y Terence Ranger, 1–14. Cambridge: Cambridge University Press.

1990 *Nations and Nationalism since 1780: Programme, Myth, Reality*. Cambridge: Cambridge University Press.

IRUROZQUI, MARTA, Y VICTOR PERALTA

1993 "La historiografía boliviana sobre la república: Un estado de la cuestión." *Historia: Revista de la Carrera de Historia* 22:19–48.

KLEIN, HERBERT S.

1982 *Bolivia: The Evolution of a Multi-Ethnic Society*. New York: Oxford University Press.

KNUDSON, JERRY W.

1986 *Bolivia: Press and Revolution, 1932–1964*. New York: University Presses of America.

PERIODICOS Y FORMACION NACIONAL EN BOLIVIA

- LANGER, ERICK D.**
 1987 "Espacios coloniales y economías nacionales: Bolivia y el norte argentino (1810–1930)." *Siglo XIX* 2, no. 4:135–60.
 1994 "Mission Land Tenure on the Southeastern Bolivian Frontier, 1845–1949." *The Americas* 50, no. 3:399–418.
- LEMA, ANA MARIA, COORD.**
 1994 *Bosquejo del estado en que se halla la riqueza nacional de Bolivia con sus resultados, presentado al examen de la Nación por un Aldeano hijo de ella: Año de 1830*. La Paz: Plural.
- LOFSTROM, WILLIAM LEE**
 1983 *El Mariscal Sucre en Bolivia*. La Paz: Alenkar.
- LORINI, IRMA**
 1993 "Bolivia en 1825 ¿Un estado nacional integrado?" *Historia: Revista de la Carrera de Historia* 22:73–84.
- LOZA, LEON M.**
 1926 *Bosquejo histórico del periodismo boliviano*. La Paz: s.e.
- MARTINEZ RIAZA, ASCENSION**
 1985 *La prensa doctrinal en la independencia del Perú, 1811–1824*. Madrid: Cultura Hispánica e Instituto de Cooperación Iberoamericana.
- MEDINACELI, XIMENA**
 1994 "Elementos para imaginar una nación: El discurso del Aldeano." En LEMA 1994, 149–55.
- MENDEZ, CECILIA**
 1993 "Incas sí, indios no: Apuntes para el estudio del nacionalismo criollo en el Perú." Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- MENDOZA L., GUNNAR**
 1961 "Los cincuenta primeros años del periodismo en Sucre, 1825–1874." En *Curso de periodismo, con un apéndice sobre el periodismo en Bolivia*, 135–74. Sucre: Universidad Mayor de San Francisco Xavier.
- MENDOZA PIZARRO, JAVIER**
 1997 *La mesa coja: Historia de la Proclama de la Junta Tuitiva del 16 de julio de 1809*. La Paz y Sucre: Programa de Investigación Estratégica en Bolivia y SINERGIA.
- MITRE, ANTONIO**
 1986 *El monedero de los Andes: Región económica y moneda boliviana en el siglo XIX*. La Paz: Hisbol.
- MONTALDO, GRACIELA**
 1995 "Espacio y nación." *Estudios* 3, no. 5:5–17.
- MONTENEGRO, CARLOS**
 1990 *Nacionalismo y coloniaje*. La Paz: Juventud. Publicado originalmente en 1944.
- MORENO, GABRIEL RENE**
 1974 *Ensayo de una bibliografía general de los periódicos de Bolivia, 1825–1905*. Buenos Aires: Monserrat. Publicado originalmente en 1905.
 1976 *Matanzas de Yañez*. La Paz: Juventud. Publicado originalmente en 1886.
 1985 *Anales de la prensa boliviana: El golpe de estado de 1861*. La Paz: Juventud.
 1989 "'Apuntes para la bibliografía periodística de la ciudad de La Paz' de Nicolás Acosta." En *Estudios de Literatura Boliviana*, 2:209–12. La Paz: Juventud. Publicado originalmente en 1876.
- OCAMPO MOSCOSO, EDUARDO**
 1978 *Historia del periodismo boliviano*. La Paz: Juventud.
- PARKERSON, PHILIP TAYLOR**
 1984 *Andrés de Santa Cruz y la Confederación Perú-Boliviana, 1835–1839*. La Paz: Urquizo.
- PICON-SALAS, MARIANO**
 1985 *De la conquista a la independencia: Tres siglos de historia cultural hispanoamericana*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica. Publicado originalmente en 1944.
- PLATT, TRISTAN**
 1991 "Liberalismo y etnocidio en los Andes del sur." *Autodeterminación* 9:7–29.
 1993 "Simón Bolívar, the Sun of Justice, and the Amerindian Virgin: Andean Conceptions of the *Patria* in Nineteenth-Century Potosí." *Journal of Latin American Studies* 25, pt. 1:159–85.

QAYUM, SEEMIN

1994 "Protección y nación: Debatiendo el derrotero." En LEMA 1994, 197–210.

RAMOS, JULIO

1989 *Descuentros de la modernidad en América Latina: Literatura y política en el siglo XIX*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.

RENAN, ERNEST

1990 "What Is a Nation?" Traducido por Martin Thom. En BHABHA, ED., 1990, 8–22. Publicado originalmente en 1882.

RICHARD, FREDERIC

1994 "Política, religión y modernidad en Bolivia en la época de Belzu." Ponencia realizada en el Encuentro Internacional de Historia "El siglo XIX en Bolivia y América Latina," Sucre, 25–30 agosto.

ROSALDO, RENATO

1994 "Social Justice and the Crisis of National Communities." En *Colonial Discourse/Post-colonial Theory*, editado por Francis Barker, Peter Hulme y Margaret Iversen, 239–52. Manchester, Engl.: Manchester University Press.

ROSSELLS, BEATRIZ

1988 *La mujer, una ilusión: Ideologías e imágenes de la mujer en Bolivia en el siglo XIX*. La Paz: Centro de Información y Desarrollo de la Mujer.

ROWE, WILLIAM, Y VIVIAN SCHELLING

1991 *Memory and Modernity: Popular Culture in Latin America*. London: Verso.

SALAS, ANGEL

1925 "Breve ensayo sobre el periodismo." En *Bolivia en el primer centenario de su independencia*, editado por J. Ricardo Alarcón A., 1:323–34. 2 tomos. New York: University Society.

SANDOVAL RODRIGUEZ, ISAAC

1991 *Nación y estado en Bolivia: Etnias, regiones, clases*. La Paz: Mundy Color.

SILVA, RENAN

1988 *Prensa y revolución a finales del siglo XVIII: Contribución a un análisis de la formación de la ideología de la independencia nacional*. Bogotá: Banco de la República.

SOMMER, DORIS

1991 *Foundational Fictions: The National Romances of Latin America*. Berkeley y Los Angeles: University of California Press.

TERDIMAN, RICHARD

1985 *Discourse/Counter-Discourse: The Theory and Practice of Symbolic Resistance in Nineteenth-Century France*. Ithaca, N.Y.: Cornell University Press.

TRIGO, ABRIL

1995 "Fundación imaginaria de la nación-estado uruguayo." *Cuadernos de Marcha* 10, no. 109:3–9.

UNZUETA, FERNANDO, Y CRISTINA BRUCH

1993– "El Periquillo Sarniento as (and) Mexico's Populist Fiction(s)." *Papers in Comparative*

1994 *Studies* 8:221–29.

VACA GUZMAN, SANTIAGO

1882 "La literatura boliviana: Medio de publicación, periodismo." *Nueva Revista de Buenos Aires* 4:621–49.

VARELA JACOME, BENITO

1987 "Evolución de la novela hispanoamericana en el XIX." En *Historia de la literatura hispanoamericana*, tomo 2, *Del neoclasicismo al modernismo*, coordinado por Luis Iñigo Madrigal, 91–133. Madrid: Cátedra.

VAZQUEZ MACHICADO, HUMBERTO

1955 "El pasquinismo sedicioso y los pródromos de la emancipación en el Alto Perú." *Boletín de la Sociedad Geográfica "Sucre"* 45, no. 442:366–419.

VOGELEY, NANCY

1983 "Mexican Newspaper Culture on the Eve of Mexican Independence." *Ideologies and Literature* 4, no. 17:358–77.

ZAVALETA MERCADO, RENE

1986 *Lo nacional-popular en Bolivia*. México: Siglo Veintiuno.